

# LA LECTURA PARA TODOS.

## SEMANARIO ILUSTRADO.

### NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

**PRECIOS : EN MADRID,**

**LLLEVADO A DOMICILIO.**

Seis meses. . . . . 15 reales.  
Un año. . . . . 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.  
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

**PRECIOS : EN PROVINCIAS,**

**FRANCO DE PORTE.**

Seis meses. . . . . 21 reales.  
Un año. . . . . 38 »



Maricou pasó delante, colocando su palo diagonalmente. (Pág. 676, columna 1.ª).

## OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion. — Véase el n.º 42).

—No sé decirte el por qué; pero me lisonjeé mas aquella apreciacion de las mujeres en general, que la que halagaba mi amor propio desde tiempo inmemorial, un cumplido que me era enteramente personal.

—¿Sois casado? le pregunté vivamente a Mr. Perrin.

—Lo he sido, y tengo dos hijos.

—Vuestra esposa debió ser feliz, le dije con sinceridad.

—Merecia serlo por mucho tiempo, señora; pero Dios no lo ha querido. Tenia una naturaleza débil, enferma y minada por pensamientos desastrosos que traté de apartarlos de su mente todo lo que pude. Fué mi compañera en todos mis trabajos; los conocia, y por lo tanto tomaba una parte en ellos con alegría y con interés. Vivía con la esperanza de tener una fortuna considerable, viendo diariamente los productos del ór-

den y la economía; luego cuando se apoderó de ella la enfermedad que la ha llevado al sepulcro, se resignó á dejar este mundo, con sentimiento si, pero sin temor.

El dia que teníamos un hijo, le aseguraba yo su porvenir, contra los reveses de la fortuna, y hasta contra mi voluntad, si un dia no les era favorable. La madre de mis hijos, señora, ha muerto diciendo:—Sucedalo que quiera, los que dejo en este mundo, tienen un bienestar honroso y seguro», y eso le dió mucho valor, privándola de un dolor ó de una inquietud grave; y puedo aseguráros que es la mejor especulacion que he hecho en mi vida.

El tono con que Mr. Perrin me dijo esto, tenía una gravedad natural y una emoción que se conocía, aunque no la manifestase, ni en su voz, ni en la expresión de su fisonomía.

—¡Diablo! dijo Mr. Cros, no os creía tan sentimental, mi querido Perrin: dejemos esos penosos recuerdos y ocupémonos de la comida, en la que sin duda habreis pensado como en el almuerzo de esta mañana.

—Gros-René ha recibido mis instrucciones sobre el particular, dijo friamente Mr. Perrin; y dentro de media hora estarémos en el punto destinado á dicha operación.

Después de pronunciar estas palabras, Mr. Camilo se encasquetó su gorra hasta los ojos, y colocóse en un rincón del coche como un hombre que no tiene ganas de contestar á mas preguntas. Yo hice otro tanto y Mr. Cros guardó silencio también por su parte.

Es necesario que lo sepas, mi querida Mélanie; nunca en mi vida me habían preocupado tan profundamente las palabras de un hombre como las de Mr. Perrin.

¿Era tal vez una advertencia que quería darme en un asunto que concernía directamente á mi fortuna personal? ¿Era un consejo para que examinara detenidamente el paso que me querían hacer dar? El mal humor de Mr. Cros me daba pié para que tal pensase; y resolví, por lo tanto, tener una conferencia con Mr. Perrin sobre el particular.....

Era la hora de comer justamente cuando nos apeamos.

Interrumpo esta carta, querida mía, porque Corina acaba de advertirme que mi sobrino Laurent, su hermana, Mr. Perrin, el cura y el famoso Maricou, me esperan para ir á las chozas de los pantanos..... Me marchó, pero, sin embargo, te envío esta por el correo á pesar de estar incompleta; y á mi vuelta la continuaré para decirte quiénes son los diversos personajes que te acabo de nombrar y otros que me he encontrado aquí.

LUISA CROS.

#### IV.

Antes de dar á conocer la segunda parte de esta carta, ó por mejor decir, la segunda carta que le sigue, es necesario decir quiénes eran los personajes que se nombraban en las últimas líneas de la anterior.

Mme. Luisa Cros apresuróse á bajar, vestida con una elegancia esmerada; llevaba un sombrero de paja de arroz, un velo de muselina de la India y calzada como una mujer que no anda nunca. Entró en un vasto salón, en el que se encontraba una señora de edad, alta, seca, de nariz encorvada, ojos azules y saltones, y de un timbre de voz imperativo. Esta era la hermana del difunto.

A algunos pasos de allí había otra mujer de unos veinticinco años, que tenía en sus brazos un niño tan grueso como mofetudo, el cual era el joven Carlos de Chevalaine, sobrino pequeño del testador, que era huérfano; y cerca de él un tío maternal, que había sido nombrado tutor por la familia, y que se llamaba Mr. Blanchet. Hablaba dicho señor en el ángulo de una ventana con Mr. de Chevalaine, el cura, que tomaba de cuando en cuando, con rígida gravedad, un polvo de

tabaco, y que fruncía á menudo el entrecejo con aire descontento.

En el ángulo opuesto, dos jóvenes de la misma edad al parecer: uno de ellos, de formas colosales y apariencia hercúlea, vestía una chaqueta de caza, botines de cuero que le subían hasta la rodilla, y tenía entre las manos una escopeta, mientras escuchaba á su interlocutor con un aire de superioridad protectora. Su semblante era despejado, buen color, labios tan gruesos como encarnados, y sus hermosos cabellos rubios bastante mal arreglados, lo que le daba un aire de bondad encantador. Tal era el conde de Chevalaine.

El otro, pequeño, delgado, de color verdoso, cabellos negros y labios delgados, que desaparecían bajo su espeso bigote, lo escuchaba con una especie de desden, que, sin embargo, nada tenía de ofensivo, y tenía también su escopeta, aunque su traje bastante ordinario no anunciase un cazador tan sabiamente equipado como Mr. Lorenzo de Chevalaine.

Dicho joven era Mr. Frans de Fernic, nieto de la vieja condesa y teniente de fragata.

En fin, Mr. Camilo Perrin estaba delante de una ventana abierta, tomando notas con su lápiz, mientras que cerca de él estaba inmóvil una joven como de veinticinco años, con un talle, unas formas y una fisonomía, que denotaban, al menos físicamente, que era de una naturaleza parecida á la del conde de Chevalaine. Era, en efecto, su hermana cuyo nombre era Lucía.

Pero sin necesidad de conocerla mucho, era fácil notar su semejanza en los rasgos exteriores; solo que, en vez de la benévola expresión que dulcificaba la rudeza de la fisonomía de su hermano, la de Lucía tenía un aire de altanería y resolución muy pronunciado.

Su rápida mirada parecía estar animada de una sospecha constante, y hubiérase dicho que estaba tratando siempre de desorientar á un enemigo.

Cuando Mme. Cros entró, le echó, casi sin volverse, una de esas miradas tan rápidas como inquietas, y continuó hablando con un individuo que estaba en el patio.

Ahora, si quieren saber nuestros lectores los pensamientos que preocupaban á cada uno de aquellos personajes, vamos á decirselos inmediatamente.

La vieja condesa de Fernic se mordía los labios, cuando pensaba que la iban á dejar sola todo el día, y decía: los jóvenes de mis tiempos no eran como estos; ninguno de ellos se hubiera atrevido á abandonar una tia tan respetable como yo.

Sin embargo, no le hizo la mas pequeña observación á su nieto Frans de Fernic, porque si bien este la hubiera escuchado respetuosamente, no le hubiera hecho el menor caso; por lo tanto era inútil.

Mr. Blanchet, le decía al cura:

—Paréceme que estais indispuerto.

—Sí, sufro solo al pensar que tengo que contemplar á desgraciados á quienes no me es posible socorrer.

—¡Oh! le dijo Mr. Blanchet; ¡son tan miserables las gentes que vais á ver, que por mínima que sea la limosna que les deis, contará por mucho en su existencia!

—Sí, dijo el cura, sé que si les diese dinero, podrian, con algunos sueldos, no trabajar en un

par de dias; pero seria proteger la pereza que los corroe: y los socorros que no puedo llevarles porque no los comprenderian..... es la voz de religion que anima y consuela á los hombres.

Mr. Blanchet inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el cura emprendió una disertación sobre la caridad cristiana.

Entre tanto, el enorme vizconde de Chevalaine le decía al conde Fernic lo siguiente:

—Tal vez, mi querido primo, á pesar de haber visto el Africa y la India, os sorprenderiais el encontrar en vuestro país hombres mas salvajes que todos los que hayais podido encontrar en vuestros viajes. Es una población mas alejada de la civilización, de la industria, del bienestar y del lujo, que los Madecanos ó los Samoyanos. Puede ser que la fábula de *La Fontaine* sea tan verdadera en las cosas curiosas como en la felicidad: «Vamos á buscar en lontananza lo que está al alcance de nuestra mano.»

Mr. de Fernic no contestaba á esto mas que por esa sonrisa desdeñosa que quería decir:

—¡Pobre é ignorante joven, no has visto nada!

Mr. Perrin escribía, como hemos dicho, y las notas que tomaba se componían de estas palabras: «Diez kilómetros de distancia; camino transitable en los pantanos..... seis kilómetros..... camino transversal, cuatro kilómetros. Arenas, rocas, sedimentos de helechos..... retamas..... juncos.»

Si se quiere saber el origen de estas palabras, nos bastará el escuchar la conversación de Mlle. Lucía de Chevalaine con un individuo que tenía dos caballos del diestro.

—Maricou, ¿creés que tendremos hoy mal tiempo?

Una voz sonora, grave y de un acento penetrante respondió:

—El rocío blanqueaba esta mañana como un vestido de desposada. El sol no hace mucho que ha despojado al pantano de su hermosa vestidura en algunos minutos y lo sostiene en el aire; si el viento se vuelve hácia el lado del campanario del pueblo..... la tempestad es segura.

—¡Pues bien! pasarémos por el camino bajo.

—Imposible, los juncos y los zarzales pinchan, y los parisienses dejarían entre ellos sus vestidos.

—¡Pues que se queden! prosiguió Mlle. Lucía con sequedad.

—Vale mas que tomemos por el camino de las piedras; y desde allí irémos á los pantanos al través de las retamas; porque si pican, no desgarran los trajes.

—Que sea por los zarzales ó por la tempestad, poco importa, dijo Mlle. de Chevalaine, como si hablase consigo misma.

Mr. Camilo Perrin miró á la hermosa joven y anotó en su libro de memorias:

«Odio constante de la provincia contra Paris.» Luego reflexionó y añadió: «O por mejor decir, odio de heredero contra heredero.»

Una nueva reflexión impidió á Mr. Perrin el cerrar su libro de memorias y anotó aun:

«O bien, odio de mujer hermosa contra mujer bonita, y lo que puede ser muy probable, combinación de esos tres odios reunidos.»

En este momento justamente era cuando entraba Mme. Cros.

Como sobrina bien educada, se adelantó hasta

Mme. de Fernic para darle los buenos días, y luego pasó al cura, que le dijo:

—¿Nos acompañará Mr. Cros en nuestra excursión?

—No puedo deciroslo, le contestó esta, porque aun no lo he visto hoy.

—Ha salido esta mañana antes del día, acompañado del inspector para medir el pantano, repuso Mme. de Fernic. No parece sino que Mr. Cros es el dueño de la herencia; ó que conoce las intenciones del difunto.

—Creo que si las conociera, dijo Mme. Cros, no se entretendría en medir los terrenos. Mr. de Chevalaine no pensó nunca que un banquero valiese tanto como el último hidalgo de la mas reducida aldea; y además, si mi esposo me creyera, nos volveríamos á Paris, y el testamento no se abriría, lo que me importa muy poco.

Esta amenaza pronunciada brevemente, hizo asomar en el semblante de Mme. de Fernic una horrible contracción de rabia; pero desapareció esta para dar paso á una sonrisa mas hedionda aun que su cólera, prosiguiendo con torpeza y afectación:

—¿Y nos privaríais sin sentimiento de vuestra presencia, querida Luisa? No estaria bien de vuestra parte.

Sin contestar á este gracioso llamamiento, Mme. Cros, despues de haber devuelto por medio de una sonrisa el saludo que la hicieron de lejos los señores de Chevalaine y de Fernic, hizo una reverencia ceremoniosa á su prima Lucia, y tendió familiarmente la mano á Mr. Perrin diciéndole:

—Sois muy amable, por no haberme abandonado como mi marido en esa sociedad de salvajes.

—Tan solo á vos esperábamos para marchar, señora, dijo Mlle. de Chevalaine.

—Hace dos horas que estaba lista, y si alguno hubiese tenido la bondad de avisarme, estaria á vuestra disposicion hace tiempo.

—Temíamos incomodaros, dijo Mr. de Fernic aproximándose.

—Y cada uno de nosotros ha bajado sin que lo previnieran, repuso Mlle. Lucia.

—Paréceme, hermosa prima, le contestó Mme. Cros en tono chancero, que no hace mucho tiempo que faltais de vuestra habitacion; y si hubiese bajado cuando estuve lista, hubiera tenido que esperar un par de horas.

—Del modo que se ha arreglado la espedicion, nadie ha esperado, dijo Mr. Perrin interponiendo su imperturbable sangre fría entre las dos amazonas, como interpone su vara entre dos campeones un heraldo de armas; y añadió en alta voz:—Señores, los coches y los caballos están listos, podemos marchar cuando gustéis.

Entonces bajaron todos.

Mme. Cros, el cura, Mr. Camilo Perrin y Mr. Blanchet entraron en el coche, mientras que Mr. de Chevalaine, su hermana y Mr. de Fernic montaron á caballo. Gros René, conducido por un niño, salió delante, y tres ó cuatro criados marcharon detrás.

Un hombre guiaba aquella pequeña caravana; este hombre era Maricou.

Maricou era simplemente un labriego, cuya vida, ocupaciones y costumbres parecian no diferenciarse de la gente de su clase, pero cuyo aspecto anunciaba un hombre distinguido.

Tendria entonces unos veinticinco años: la hermosura de su cabeza era tan exacta que hubiera parecido fria, sin la melancólica gravedad que caracterizaba su fisonomía y la brillantez de sus ojos. Su estatura era alta, bien desarrollada, y en la que el vigor no excluía la gracia. Vestia un pantalon de tela gruesa, una chaqueta de lo mismo, que le llegaba hasta las caderas, y cubierto con un sombrero de paja rodeado de una cinta color de rosa bastante deteriorada. Llevaba un palo de unos seis piés de largo, armado en sus estremidades con dos regatones de hierro, y cuando los herederos entraron en el patio, se descubrió gravemente. Sujetaba los dos caballos de Mr. y Mlle. de Chevalaine, y desde que montaron marchó delante, sin mirar si otras personas tenian necesidad de sus servicios.

Los hermanos Chevalaine, que conocian la tradicional reputacion de que los marinos no saben montar, le propusieron á su primo Frans el echar un galope, á fin de ponerlo en ridiculo si era posible; pero apercibiéndose de que Mr. de Fernic conocia la equitacion tan bien como ellos, desistieron de su empresa; y queriendo Lorenzo probar á su primo en otra cosa, le propuso el continuar el camino cazando. Mr. de Fernic aceptó.

Dejaron los caballos al cuidado de un criado de Mr. de Fernic, y quedáronse solos, por consiguiente, Mlle. Lucia de Chevalaine y Maricou, que era el conductor, segun hemos dicho.

Apenas su hermano y su primo se hubieron alejado, exclamó esta:

—¿Pedro!..... Pedro!.....

—¿Qué quereis, señorita?

—¿Qué te parece mi primo Frans de Fernic?

—Que es un hombre dichoso, dijo Pedro, marchando junto al caballo de Lucia.

La altiva jóven se sonrió orgullosamente, porque creyó descubrir en aquella frase lo siguiente:—«Es feliz, porque os agrada.»

—¿Crées que sea feliz?

—Tal vez no: porque lo que es, lo ha sido desde su infancia, y siendo un estado normal para él, no apreciará tal vez en lo que vale su ventajosa posicion.

—¿En qué, repuso Mlle. de Chevalaine con una contrariedad que Maricou no pudo ver, porque marchaba con la cabeza baja, lo encuentras tan feliz como dices?

—Porque no tiene aprisionado ni su cuerpo ni su corazon; porque tiene el mundo ante él, para navegar á la aventura en su navío, y porque es huérfano y nada le detiene en el mundo.

—¿Estás de mal humor esta mañana, Maricou? qué es lo que te ha puesto de ese modo?

—Señorita, no estoy de mal humor, lo que estoy es triste. Nadie en particular me ha hecho nada..... pero todos me hacen sufrir.

—Vamos, vamos, deja por hoy al menos esas negras ideas que tanto te atormentan. Ya nos aproximamos á la Cruz de Hierro..... El coche de nuestra parisiense se va á mecer de tal modo, que esa remilgada va á tener un miedo horrible. Si se rompiera el carruaje y se viera en la precision de hacer el camino á pié con sus botitas de raso, nos reiriamos á mas y mejor.

—¿Os acordais de la última vez que me visteis reir? dijo Maricou mirando á Mlle. de Chevalaine cara á cara.

—Cállate, contestóle esta poniéndose estremamente pálida y echando una mirada de espanto en torno suyo con un temblor convulsivo.

—Vos podeis reiros..... repuso Maricou; pero yo no puedo reirme ya..... mas decidme, ¿por qué odiais á esa parisiense? os ha hecho algun daño? Creo que no, porque es esta la primera vez que la veis..... Además es casada, y no podría estorbaros en caso que habitase entre nosotros. ¿Por qué la odiais? decidmelo.

—No la aborrezco, Maricou, dijo Mlle. Lucia; lo que hay es que no me gusta. No puedo soportar esas mujeres en miniatura, que no saben andar, que chillan cuando ven una escopeta, que se desmayan al ver una liebre muerta y que llevan siempre sales, perfumes y no sé cuantas cosas mas; padecen de los nervios..... En fin, es una ridiculez enorme, y en vez de ser mujeres, no son mas que muñecas.

## V.

Maricou levantó lentamente la cabeza, y repuso en alta voz despues de un largo silencio y como si reflexionase:

—La debilidad sienta bien á una mujer; el horror á la sangre vertida es una virtud en ellas.

—Maricou, Maricou, exclamó vivamente Mlle. de Chevalaine..... ¿Duermes y sueñas cuando andas?

—¡Oh! lo que es dormir, yo no duermo..... en cuanto á soñar, sueño siempre: ¿qué quereis que haga en estas landas mas que soñar? Quise tener un perro..... y me lo han matado.....

—¿Y no te vengas?

—¿Por un perro?..... dijo Maricou; ¿qué seria necesario hacer entonces á los que asesinan á las criaturas?

—Tú estás loco hoy, Pedro, dijo Mlle. de Chevalaine con voz dulce; ¿qué es lo que te ha puesto de ese modo?..... Algo ha pasado que no quieres decirme.....

—Sí, le contestó, ha pasado algo esta noche en el aire..... una voz.....

Estaban en esto, cuando se oyó un grito lanzado desde el coche que los seguia, y Maricou se volvió vivamente.

Una de las ruedas se habia metido en un agujero bastante profundo, y los caballos no podian sacar el coche de él..... Mme. Cros gritaba en la portezuela que queria bajarse, mientras el cochero gritaba tambien, diciendo que no era posible el conducir el carruaje por aquel endiablado terreno.

—Ese patan lo hace á propósito..... porque debe haber otro camino..... pero tiene ganas que nos rompamos los huesos.....

—El patan, contestóle Maricou, te ha guiado bien, y si hubieras seguido justamente por donde he pasado, no estarias donde estás.

—Te he seguido, animal..... le contestó el cochero.

El rústico le lanzó una mirada penetrante, y repuso con calma:

—Mira bien..... he pasado cerca de este zarzal, luego he tomado á la izquierda hasta aquel monton de tierra, despues he vuelto á la derecha y he hecho como quien vuelve hácia atrás, y en seguida he tomado de nuevo hácia la izquierda pasando junto á aquel álamo seco..... Tú has

creído que era mucho rodeo y has marchado de frente..... luego es culpa tuya y no de nadie.....

Después, sin hacer caso de las palabras que el cochero pronunciaba entre dientes, dirigióse á Mme. Cros, y le dijo:

—Señora, ordenad á ese hombre que conduzca el coche por donde yo pase, y no ocurrirá accidente alguno, ni sufriréis ningún contratiempo.

—Os ruego que sigais exactamente á este hombre, y no hagais tonterías, Adriano, dijo Mme. Cros con un tono que no tuvo que emplear ninguna amenaza para hacerse obedecer.

—Está muy bien, dijo Mr. Perrin; pero entre tanto nos quedamos en la ratonera.

Maricou cogió la rueda entre sus manos y le dijo á Adriano:

—¡Vamos! un fatigazo á los caballos! y levantó el carruaje que salió del peligro.

—Decididamente, dijo Mme. Cros, prefiero bajar y hacer el camino á pié.

—Bastante mal camino os queda que andar, señora, repuso el rústico; no os apresureis, estad tranquila, que las landas no son malas para quien las conoce..... solo que los que quieren jugar con ellas como si fueran carreteras, suelen pagar muy cara su temeridad.

Mlle. de Chevalaine se había aproximado, y su aire descontento era una prueba de lo poco que le agradaba el modo que tenía Maricou de tranquilizar á Mme. Cros, y aunque se contuvo breves instantes guardando un profundo silencio, exclamó por último:

—Tuya es la culpa, Maricou; si hubieras tomado el camino de la Cruz de Hierro no pasaría esto, porque aquel es fácil seguirlo.

Maricou lanzó una mirada colérica y desesperada á Lucía, y respondió con voz sorda:

—Vos lo conocéis tan bien como yo, y desde aquí es fácil alcanzarlo; en cuanto á mí, no conduciré á nadie por él. Y se alejó al momento.

—Adriano, repuso Mme. Cros con viveza, seguid á ese hombre paso á paso.

El cochero obedeció, y el viaje continuó con bastante rapidez, tanta era con la que andaba Maricou.

En cuanto á Mlle. Lucía de Chevalaine, dejó pasar el coche, y luego tomó la senda que Maricou había designado, que salía al camino de la Cruz de Hierro, y se alejó á galope.

Maricou la miró un momento, mientras murmuraba en voz baja las siguientes palabras:

—Ella pasará.....

Y continuó su marcha, no deteniéndose hasta que llegó á un sitio en donde principiaba un inmenso campo de retamas.

—Ahora, señora, díjole á Mme. Cros, es necesario andar.

—¡Pero, Dios mío! ¿cómo quereis que pueda atravesar por esa espesura?

—Seguidme, señora, yo os haré camino: en cuanto á esos caballeros, aprenderán en pocos minutos cómo se anda por aquí.

Y Maricou pasó delante, colocando su palo diagonalmente para separar las retamas á su paso é impedir que incomodaran á Mme. Cros.

En los primeros momentos siguió esta rápidamente á su guía; y como los demás avanzaban lentamente, se encontró al cabo de un cuarto de hora tan retirada de ellos, que no oía ni el ruido de sus pasos ni el sonido de sus voces. Sin saber

por qué, se apoderó de ella un terror espantoso; pero no quiso decir nada para no dar lugar á que el campesino se lo contase á Lucía para ridiculizarla, y por lo tanto continuó su marcha.

Pero por mas que hizo, el terror se apoderó de su espíritu tan vivamente, que sintió que el corazón le saltaba en el pecho violentamente; y vióse precisada á detenerse, exclamando:

—Señor, no puedo seguiros tan de prisa.

Maricou se detuvo al momento y se volvió.

Al notar la palidez de Mme. Cros, se estremeció, y descubriéndose con esa lentitud que transforma este gesto en un testimonio de respeto, en vez de una muestra de servilismo, dijo con acento conmovido:

—Soy muy brutal, señora; olvido la delicadeza de vuestros piés, y ando como si guiase á una vaquera.

Mme. Cros se sorprendió del tono en que se expresaba Maricou, y le contestó:

—No señor, es una ridiculez en mí de no saber andar mas de prisa.

Pedro meneó dulcemente su cabeza y dijo:

—No veo ningún mal en eso.

Sin reflexionar en lo que decía, y para no quedarse muda ante aquel hombre que la contemplaba, Mme. Cros añadió:

—Si hubiera sido mi prima la que os hubiese seguido, no os habrais visto en la necesidad de deteneros.

El semblante de Maricou tomó un tinte sombrío y repuso en un tono casi amenazador:

—¡Ah! vuestra prima, Mlle. de Chevalaine, no tiene necesidad de que nadie la guie en las landas. Las ha recorrido en todas direcciones y á todas horas, y las atraviesa con mas tranquilidad aun que yo.

—¿Es peligroso andar por ellas?

—¡Hay algunos que han buscado el peligro y lo han encontrado! Pero creedme, señora, haríamos mejor en no detenernos mas tiempo aquí.

El semblante de Maricou tenía en aquel momento una palidez mortal, lo que hizo que se aumentara el espanto de Mme. Cros.

—Pero dijo ella retrocediendo, ¿no seria mejor esperar á los compañeros, que nos habrán perdido de vista y pueden estraviarse?

—El señor cura los guía, prosiguió Maricou, y creo que habrán tomado por el barranco que los conducirá al campanario.

—¿Y por qué no hemos tomado el mismo camino que ellos?

—Porque con botas y pantalones se puede andar al través de los erguenes, mientras que si hubieseis pasado vos, no os hubiera quedado ni una hilacha de vuestros borceguies y vuestro vestido blanco.

Esta precaucion, que el campesino había tenido para ella, tranquilizó á Mme. Cros, y dijo á Maricou.

—Pues bien, marchemos.

Maricou no se movió de su sitio y miró á Mme. Cros con ansiedad: el miedo se volvió á apoderar de ella.

—Además, señora, prosiguió, deseaba encontrarme á solas con vos.

—¿Y para qué? dijo Mme. Cros retrocediendo con nuevo terror.

—Para pedir os un favor.

—¿Teneis necesidad de dinero?

—No.... ¡oh!.... no.... no tengo necesidad de él; si lo quisiera lo tendria.... La landa es buena cuando se le pide el pan. Lo que tengo que pedir os, señora, es un consejo.... un parecer.... es.... no puedo deciros el término; pero hace cinco años que busco una gran señora á quien poderle preguntar una cosa parecida.... Para que sepa si soy un loco y si debo morir, es menester que una mujer del gran mundo me escuche.

—¡Pues bien! si puedo os daré ese consejo; decidme lo que quereis saber.

—En cuanto á eso, seria necesario que me escuchárais algunas horas, y en un sitio en que no pudiesen oirnos: sé que es pedir os mucho, señora; pero os pagaria vuestra benevolencia á un precio muy crecido, pues puedo deciros lo que contiene el testamento de vuestro tío, porque lo conozco.

El primer movimiento de Mme. Cros fué el de resentirse por aquella especie de contrato, y replicó vivamente:

—Cuando hago un favor, no tengo por costumbre el venderlo.

—Gracias, señora, acabais de decir una cosa buena, tal cual hubiera querido que otros me la hubiesen dicho. Escuchad pues, porque es necesario que volvamos á emprender nuestro camino, pues oigo ya los perros hácia el lado de las barracas y los demás no tardarán mucho: prometedme de escucharme esta noche, y no os arrepentiréis de habérmelo concedido.

Esto escitó extraordinariamente la curiosidad de Mme. Cros; y además reflexionó que el conocimiento del testamento podria ser para ella una especulacion escelente.

Por lo tanto, le contestó á Pedro:

—Os escucharé cuando querais, caballero.

A las palabras de Mme. Cros: «Os escucharé, caballero,» Maricou se puso triste y prosiguió:

—¿Por qué me llamis cab allero? no será para burlaros de mí; ¿no es cierto, señora?

—¿Y por qué habia de burlarme de vos? Os llamo caballero, porque es una costumbre de la política parisiense con las personas que no se conocen.

Maricou bajó la cabeza con tristeza: Mme. Cros creyó comprenderle; pero no juzgó oportuno el decir, que lo que le hacia llamar caballero á un campesino, era que le imponia, no como un hombre de su rango, sino como un hombre poderoso y temible.

—Venid, señora, dijo emprendiendo nuevamente su camino.

—Os sigo.

Marcharon durante algun tiempo silenciosamente hasta que, volviéndose de pronto el labriego, le dijo.

—No digais una palabra á nadie de lo que habeis oido, ni á vuestro esposo, ni al otro caballero.... ¡Ah! otra cosa.... sobre todo no me habeis delante de Mlle. de Chevalaine.

—Os lo prometo, dijo Mme. Cros, redoblándose su curiosidad con esta recomendacion.

Dieron aun algunos pasos y se encontraron en medio de una llanura descubierta y rodeada por todos lados de campos inmensos de retamas.

Dicha llanura, ó por mejor decir, aquel espacio descubierta estaba compartido aquí y allá en pequeños cuadros, sembrados de trigo negro y patatas. Ni un árbol frutal se distinguia, no

divisándose mas follaje que el de un solo álamo, á cuyo pié corria un arroyo de algunos piés cuadrados.

A pocos pasos de allí, un conjunto de barracas de tierra, cubiertas de retamas esparcidas en distintas direcciones, cimentadas con arcilla, se estendian en una longitud de medio cuarto de legua.

—¡Hemos llegado! dijo Maricou. Y hemos hecho bien, porque hé aquí á Mr. de Fernic y á Mr. de Chevalaine que llegan frente á nosotros, y oigo al cura que llama á Mr. Blanchet, y diviso allá abajo el caballo de Mlle. Lucia atado al poste de mi casa.

En efecto, en la estremidad opuesta á dicha calle se veía una casa de tejas y revocada con cal; tenia ventanas de cristales, y parecia un palacio en medio de la hedionda miseria y la suciedad de las demás habitaciones.

Apenas Mr. Camilo Perrin salió del camino que acababa de atravesar y apercibió á Mme. Cros, corrió hasta ella esclamando:

—¡Brava!.... brava.... eso es tener fuerza y valor!.... muy bien!

—¿Por qué no nos habeis seguido, le dijo Mme. Cros?

—Porque ibais muy de prisa; pero en fin héos aquí á todos, examinemos un poco la localidad.

Mientras que hablaban de dicha manera, algunos niños de hermosos colores y robustos, que tendrian de tres á cuatro años, aparecieron en las puertas de las chozas: luego salieron otros mayores, ya pálidos y debilitados; luego jóvenes de ambos sexos, y por último hombres y mujeres demacrados, de semblantes lividos y que miraban á los viajeros con curiosidad y embrutecimiento.

—¡Qué espectáculo tan horrible! exclamó Mme. Cros. ¿Y es esto lo que existe en un país que se dice civilizado y administrado?

—¡Ah! el pensamiento de Mr. Cros es admirable, dijo Mr. Camilo Perrin, y con tal que haya un medio de ponerlo en práctica, lo ejecutaré aunque deba pasar diez años en medio de esta poblacion abandonada y perdida.

—Esta gente no cree en nada, dijo el cura; están perdidos para el mundo y para el cielo.

—Porque están abandonados, prosiguió vivamente Mr. Camilo Perrin.

—Pero dijo dulcemente Mme. Cros, que miraba timidamente en torno suyo; se me figura que me habeis hablado del campanario de la aldea, Sr. Maricou.

—Hélo aquí, dijo Pedro, señalando el álamo solitario que habia cerca de la fuente: hé ahí lo que llamo por irrisión el campanario de la aldea.

—¿Y por qué esa burla en vuestros labios? dijo Mme. Cros.

—¿Por qué? exclamó Maricou.... y despues de un momento de duda prosiguió: ¿Y quién sino un hombre maldito hubiera consentido el habitar entre esta banda de idiotas?

—Sin embargo, repuso Mr. Perrin; vos vivís entre ellos.

—¿Y quién os ha dicho, prosiguió Maricou, con acento severo, que no lo soy?

—Eres un impio, Maricou, dijo el cura, y concluirás mal.

—En ese caso plegue al cielo que sea lo mas pronto posible.

Entre tanto, MM. de Fernic y de Chevalaine habian atravesado los campos miserables que los separaban del resto de los viajeros, y se adelantaban hácia la aldea.

## VI.

Los niños se habian reunido y miraban á los viajeros con una curiosidad salvaje. Uno de ellos mas atrevido que los demás, se acercó á Mme. Cros y casi la tocó.

—¡Largo! gritó Maricou, y todos los chicos huyeron desapareciendo unos entre las cercas de malezas y escaramujos, mientras los otros se perdian en las zanjas.

—¿Por qué espantais así esos niños? dijo Mme. Cros á Maricou.

—Señora, ¿quereis que os toque esta hedionda miseria? repuso este en tono sombrío. Esa es una raza apestada y perdida; además añadió con desdeñosa sonrisa, ved que no soy yo el que los rechaza con mas dureza.

En efecto; Mlle. de Chevalaine venia de la casa blanca, y habiéndosele aproximado algunos niños, los habia echado á latigazos. Los chicos se pusieron á dar alaridos, y un centenar de mujeres aparecieron al momento en las puertas de las barracas, é injuriaron á Mlle. de Chevalaine con gritos roncós y feroces.

—¡Vamos! echa á toda esa canalla, le gritó Mr. de Chevalaine á su hermana; y si principian de nuevo, les daré á mi gusto, añadió levantando su escopeta.

Esta amenaza hizo su efecto: las mujeres se metieron en sus barracas, llevándose á sus hijos; pero cuando los viajeros entraron en la calle, apercibieron en las puertas, no ya mujeres, sino hombres que los consideraban con miradas sombrías.....

Maricou se detuvo ante uno de ellos y le dijo dulcemente:

—Farrenc, ¿cómo está tu mujer?

—Ya no hay mujer en mi barraca.

—¿Ha muerto?.... le dijo Maricou.

—Todo se ha concluido, repuso Farrenc, y es inútil recordarlo.

Maricou se estremeció y alejóse de allí murmurando:

—Tenia que ser así, porque tan solo esa desgraciada era lo único bueno de esta raza abominable.

En aquel momento fué cuando Mlle. Lucia de Chevalaine se reunió á sus compañeros de viaje.

—Maricou, no has olvidado nada, le dijo esta; tu madre ha sido muy exacta.

—¿Y qué hace?

—Se calla, respondió Lucia.

—¡Alabado sea Dios! dijo Maricou adelantando siempre.

Mme. Cros que sentia una opresion invencible, aproximóse á Mr. Camilo Perrin, y le dijo con voz temblorosa:

—¿Hubierais creído que fuera posible una cosa igual?

—Es espantoso, le contestó Mr. Perrin; pero hay barrios en París, en que la miseria es casi tan hedionda y tal vez mas depravada.

Maricou lo habia oído, y repuso:

—Señor, ningun vicio les falta á esta gente: estoy seguro que el hombre que acabo de interrogar ha asesinado á su mujer.

—¿Y ese crimen quedará impune?

—Sí señor: enviad aquí un juez de paz y seis gendarmes, ¿qué harán? repuso Maricou. Preguntarán por Alix. ¿Pero quién sabe fuera de aquí, que en esa barraca habia una mujer que se llamaba Alix? Esa gente nace y muere sin que nadie tome cuenta de los que vienen ni de los que se van.

—Pero lo sabes tú, dijo Mr. Perrin, y podrias decirlo.

Maricou le miró siniestramente, y repuso:

—Y a un cuando lo dijera, ¿en dónde encontrarais el testimonio de mi asercion? Ni un testigo siquiera vendria á confirmarla.

—Puede encontrarse un cadáver y descubrir en él las señales de un asesinato.

—Para eso seria necesario desenvolver la landa entera, porque solo Dios sabe donde ha enterrado ese hombre el cadáver, y los medios de que se ha valido para ocultar el sitio en que reposa: tal vez hayamos pasado sobre él sin advertirlo.

Mme. Cros palideció, y Mr. Perrin miró en torno suyo, como para contar cuantos eran, para defenderse de aquella gente en caso necesario. Maricou lo comprendió sin duda, porque le dijo:

—Habeis entrado aquí bajo mi salvaguardia, y saldreis tan tranquilos como habeis entrado; pero creedme, lo mejor es no hablar mucho de lo que pasa en estos sitios.

—Hablarémos como nos acomode, si eso nos conviene, dijo Mr. de Chevalaine enseñando su escopeta.

—Esponerse á una colision con tales gentes, dijo Mr. Camilo, seria una imprudencia.

—¡Oh! podeis tener miedo si gustais, dijo Mr. de Chevalaine; en cuanto á nos otros, estamos habituados á no tenerlo nunca.

Mr. Camilo Perrin recibió friamente esta grosería, y se contentó con responder.

—Crei que habia señoras con nosotros.

—Efectivamente, repuso Lucia; ahí está mi hermosa prima parisiense, pálida como un difunto.

—Eso no tiene nada de extraño, porque esta residencia ofrece poca seguridad para una señora, repuso Mr. de Fernic.

Se le vino á la idea á Mr. Lorenzo de Chevalaine el preguntarle tambien á Frans si tenia miedo; pero reflexionó sin duda que una broma de hombre á hombre podria ser mal acogida, y lanzó una mirada á su hermana, que esta comprendió al momento, porque se apresuró á decir:

—¿Teneis algun sentimiento de terror como mi prima, Mr. Frans? tendriais miedo por ventura?

El marino se inclinó sonriendo:

—Eso me ha sucedido bastantes veces, dijo, para conocer que en este momento no estoy bajo su imperio.

—¡Cómo! señor, esclamó Mr. Camilo Perrin con admiracion, ¿os atreveis á confesar que habeis tenido miedo?

—Si señor, repuso Mr. de Fernic; la primera vez que vi una borrasca en alta mar, y sentia crugir el navio bajo mis piés, y vi el velamen destrozado y hecho mil girones, mientras las olas cubrian el puente; entonces tuve miedo. En san Juan de Ulloa la primera vez que oi silbar las balas entre el cordaje, y llevarse las vergas y los hombres.... entonces tambien tuve miedo.

—Sin embargo, allí fué donde ganásteis vuestra cruz; dijo Lucía.

—Es que se me pasó en cortos momentos.

—Sois un hombre galanté, señor; le dijo Mr. Camilo Perrin.... El que ha tenido miedo, sabe apreciar el valor.

Todo esto se decía andando.

Mme. Cros apenas lo oía, por lo ocupada que estaba en mirar á los habitantes de aquellos lugares, que estaban de pié en las puertas, y cuyas miradas se fijaban en ella particularmente.

(Se continuará).

## LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

### I.

#### MÁGIA BLANCA.

En una de las últimas tardes del mes de mayo del año de 1578, cuando el sol había ocultado ya su ardiente hoguera en las tranquilas aguas del mar, cabalgaba un hombre, por el camino de Castilla hácia Madrid, sobre un corcel de pura raza árabe, que con una rapidez extraordinaria iba acortando la distancia que le separaba de la villa.

A juzgar por la impaciencia con que el ginete espoleaba al animal, debía ser muy grande é imperiosa la necesidad de entrar en Madrid antes que la noche hiciese completa la oscuridad.

También le era sin duda muy importante no ser de nadie conocido, pues á pesar del calor que empezaba á molestar ya, á causa de haberse adelantado la estación, iba el ginete envuelto entre los pliegues de una cumplida capa negra, cuyo embozo subía con precaucion hasta los ojos cuando alguna otra persona cruzaba por el camino; precaucion de todo punto innecesaria, porque á la dudosa claridad del crepúsculo, era imposible conocer á nadie, mucho menos viajando con tanta celeridad.

Ello es que algunas ventanas que empezaban á iluminarse delante de nuestro viajero, le hicieron suponer que no estaba muy distante de la villa.

Llegó efectivamente á la puerta de Segovia, y se detuvo, porque un hombre, oculto hasta entonces detrás de un pilar, avanzó con la gorra en la mano izquierda, mientras que con la derecha asia la brida del caballo.

—Escelencia, dijo con acento veneciano de los mas pronunciados.

—Silencio, imbécil, contestó el ginete apeándose del caballo. ¿No sabes que deseo guardar el incógnito? Lleva mi caballo á la posada del Rojo, dóblale el pienso, y espérame prevenido porque acaso saldremos al rayar el día.

Y sin aguardar contestacion empezó á subir la calle de Segovia, mientras el veneciano se apresuraba á ejecutar sus órdenes.

En la época á que nos referimos, eran desconocidos los teatros, los cafés y otros mil medios de pasar el tiempo que nos ha importado la civilizacion moderna; es decir, que las calles estaban solitarias y sombrías despues de anochecido, lo cual era muy cómodo para los ladrones, ya los

había entonces, los amantes, y los que por razones particulares no querian ser conocidos.

El caballero á quien el veneciano había dado el pomposo titulo de esclencia, caminaba con paso firme y resuelto por los descarnados guijarros de la calle, haciendo sonar la contera de su larga espada en las paredes, y no cuidándose, al parecer, de amantes ni de ladrones.

Torció á la derecha como hombre que sabe muy bien su camino, y empezó á subir por una calle estrecha y tortuosa que hoy llamamos del Nuncio.

Frente á la iglesia de san Pedro había una casa de piedra, de construccion antigua, con un balcon enorme de piedra también, flanqueado por dos ventanas algo mas pequeñas que el balcon. Su aspecto era ruinoso, y parecia estar deshabitada. La yedra brotaba por las juntas de las piedras, y una gran plancha de laton que había en la puerta estaba enmohecida. En el costado izquierdo había una grosera imágen, que decian ser de la Virgen, aunque no había razon para creerlo así, debajo de un sotechado, y un farol con una mecha de aceite luchaba contra la oscuridad.

Junto á este devoto nicho se abría en el muro una puertecilla de madera con clavos grandes de hierro y una anilla del mismo metal, á cuyo lado había un poste de ladrillo, que podía servir para alcanzar al citado llamador, aun cuando una costumbre establecida le hacia prestar otro servicio que estaba muy en boga entre los parroquianos de una hosteria contigua, que con un vino muy devoto se detenian á rezar una salve á la Virgen, teniendo el poste por reclinatorio.

Ante esta puerta se paró nuestro caballero, haciendo chocar el pomo de su espada con los clavos que la guarnecian, no sin haberse cerciorado antes de que no era espiado de nadie.

La claridad de una luz asomó por la cerradura, y á poco se abrió la puerta dando paso al caballero, que, sin saludar siquiera á una desdentada vieja que se santiguó al verle, subió con decision los carcomidos peldaños de una escalera, y se internó por un largo corredor que terminaba en otra puerta, la cual franqueó sin ninguna ceremonia.

Era un aposento reducido, con las paredes ennegrecidas por el tiempo y cubiertas de polvo y telas de araña. Algunos cuadros de escaso mérito, que representaban escenas de la Biblia, servian de adorno á la habitacion. El mueblaje era bastante modesto. Consistía en varios sillones de cuero con las armas de Castilla talladas en los respaldos, y una mesa de pino cubierta de papeles y libros en fólio, entre los que había una magnífica edicion inglesa del *Coran*, y una hermosa lámpara de plata, prodigio de cinceladura, que iluminaba un pequeño círculo de la mesa por estar recogida su luz en una pantalla.

Al ruido que hizo la puerta para dar paso al desconocido caballero, levantó la cabeza, poniendo su mano derecha sobre los ojos, un hombre como de unos cincuenta años, que trabajaba, al parecer, sentado á la mesa, con un manuscrito delante. Sus cabellos amarillos y lustrosos como el marfil contrastaban fuertemente con una poblada barba negra, y rizada en su estremidad.

La frente ancha y despejada, surcada por una arruga, hija de algun pensamiento tenaz, des-

cansaba en dos hermosas cejas, negras también que daban sombra á unos ojos de un azul sumamente claro y de espresion amortiguada; la línea de la nariz ofrecia un tipo perfecto de la belleza griega, y sus dos finísimos labios dejaban ver una magnífica y blanca dentadura. En toda su fisonomía se adivinaba una mezcla de astúcia y simplicidad que hacia de todo punto imposible caracterizar á aquel hombre sin equivocarse. Vestía una túnica morada con medias lunas de acero por botones, y un vivo de terciopelo en el cuello y mangas.

Al ver á su interlocutor, un sombrío relámpago se pintó en sus ojos, que volvieron á tomar su espresion habitual.

En cuanto á este, arrojó con desenfado su sombrero sobre la mesa, sentándose al mismo tiempo en uno de los sillones.

Era un hombre de treinta á treinta y cinco años, cuya fisonomía vulgar rechazaba el título de esclencia que poco antes le diera el veneciano. Sus ojos pardos mas parecian acostumbrados á bajarse ante las miradas de un superior, que á espresar órdenes terminantes: los labios eran abultados y sin espresion, y la nariz remangada por la punta. Llevaba la barba crecida, que era negra y áspera como las cerdas de un caballo. Debajo de su capa de seda se veía brillar el oro con una profusion de muy mal gusto, y de un cinturón, de seda también, pendía á la izquierda una fuerte espada toledana, y á la derecha un puñal con el mango de marfil.

Mas parecia un *bravo* que un caballero.

Despues que se hubo cerciorado de que en la habitacion no había otra persona que pudiera estorbarle, se dirigió al hombre de la túnica, y con voz breve y cortada le dijo:

—No me esperabas, ya lo sé.

—Con efecto, murmuró el otro tímidamente y casi sin mover los labios, me habeis sorprendido agradablemente.

—No finjas: mi presencia te ha producido el mismo efecto que una moneda falsa en tu insaciable codicia; pero no importa; tranquilízate, que aunque te necesito, no vengo como otras veces á atacar tu tesoro; por el contrario....

Una sonrisa de indefinible espresion se pintó en los labios del interpelado al oír que su tesoro no iba sufrir ningun género de ataque.

—Continuad, dijo siempre con la misma timidez.

—Amigo Isaac, vengo desde Búrgos por tener la satisfaccion de pasar una hora en tu compañía. Aquí el desconocido hizo una pausa.

Isaac se rascó la oreja derecha con la mano izquierda, no atreviéndose á darle las gracias por semejante galantería en la que estaba muy lejos de creer.

—Sin embargo, continuó el caballero, no es eso solamente lo que me trae á tu lado.

Isaac empezaba á estremecerse.

—Entre los efectos de aquella *pobre mujer*, acuérdate, había, si no me engaño, un medallon con un retrato que debe obrar en tu poder. Una preciosa miniatura que de nada te servirá sin duda, y que yo puedo utilizar en mi provecho.

Isaac no comprendía una palabra.

—No sé si habrá llegado á tu noticia la pasion que por las bellas artes se ha desarrollado en el favorito; pero por si no lo sabes, debo advertirte

que hace cosa de un mes ha descubierto en sí mismo una afición decidida á la pintura; las miniaturas sobre todo le hacen delirar. Yo que deseo proporcionarle toda clase de diversiones; porque ya sabes tú la cuenta que me tiene estar bien con él, me he acordado del tal medallon; y como tú estás tambien interesado en que la armonia que reina entre el favorito y yo no se altere en lo mas minimo, porque de lo contrario podias dar que hacer al Santo Oficio, creo que te apresurarás á complacerme, entregándomele; puesto que de ese modo complaces tambien á S. E.

—Pero debo advertiros, señor, repuso Isaac tranquilo del todo, que ese medallon tiene un cerco de diamantes que nada tiene que ver con la miniatura en cuestion.

—Considerando eso mismo, y para indemnizarte de la pérdida, traigo conmigo un bolsillo de seda que podrá contener muy bien cien monedas de oro recién acuñadas con el busto del soberano.

Y esto diciendo, colocó en la mesa un bolsillo verde bien repleto, que produjo un sonido muy armonioso para los oídos de Isaac.

—¿Con que cien monedas de oro y con el busto del rey? exclamó el judío con una expresión de codicia.

—Puedes contarlas luego que me entregues lo que te pido.

—Inmediatamente lo tendreis en vuestro poder.

Y levantándose del sillón, se dirigió hacia un armario embutido en la pared, que abrió con una llavecita unida á una cadena de plata pendiente de su cuello, y sacando de él una caja de madera negra.

—Aquí teneis vuestra alhaja, le dijo; dadme el dinero.

—Espera un poco, mi buen Isaac; voy á cerciorarme de si es lo que yo buscaba.

Y abriendo la caja, sacó de ella un gran medallon con el retrato de una mujer hermosísima.

—Es el mismo, dijo despues de haberlo examinado. Veo con placer que eres uno de los judíos mas honrados del mundo: toma el dinero y regocíjate con el soberbio negocio que acabas de hacer.

No esperó Isaac á que se lo repitiera, y sobre la marcha se puso á contar las monedas, mientras que el caballero apretando uno de los diamantes que guarnecian el retrato, vió que se abria por el reverso, y que un papel azulado cayó sobre la mesa.

Devoró su contenido con una agitacion febril, y despues una carcajada homérica hizo retemblar el aposento.

Al oirla, el judío levantó sorprendido la cabeza, y sorprendióse mucho mas cuando vió el medallon abierto por un sitio para él desconocido, y un papel en manos del caballero.

—¿Qué es eso? qué leéis? exclamó con angustia. ¿Sabiais que esa alhaja contenia un secreto! ¿Qué papel es ese? ¿Me habeis engañado!

Pero el desconocido, sin hacerle caso ni contestar á ninguna de sus preguntas, dobló el papel, volvió á colocarle donde estaba y guardóle en uno de los bolsillos interiores de la capa.

Isaac no perdía de vista ninguno de sus movimientos: una viva curiosidad se retrataba en

su semblante; tan viva é intensa, que le hizo olvidar sus monedas de oro estendidas sobre el tapete de la mesa.

—¿Podré saber el contenido de ese papel cuya existencia ignoraba? preguntó con temblorosa voz.

—Sin duda alguna, querido Isaac, tanto mas cuanto me proporcionas la ocasion de contarte un cuento, que juro por Belcebú te hará pasar un buen rato.

La ironia con que fueron pronunciadas estas palabras hizo fruncir el ceño á Isaac.

Temblaba sin saber por qué.

—Ante todo, continuó el caballero, te suplico que me des de beber. El polvo del camino ha secado mis fauces, y la jornada ha sido bastante larga. Ya puedes figurarte que, tratándose del favorito, no debo reparar en riesgos ni fatigas.

Y hablando asi, desató un ligero cordón de seda que sujetaba la capa á su cuello, y doblandola por la mitad, tendióla sobre un sillón que habia á su izquierda algo apartado de la mesa, mientras que Isaac colocaba encima de esta una botella y una copa de plata, y servia al caballero.

Debemos advertir á nuestros lectores para mejor inteligencia de los hechos, que detrás del sillón donde el caballero habia dejado su capa, se abria en la pared una puerta secreta, perfectamente disimulada, representando el retrato de D. Juan de Austria, vestido de todas armas, á cuyo cuadro encerraba un magnífico marco con molduras doradas.

En tanto que el viajero apuraba una gran parte del liquido con las mejores disposiciones para enriquecer á un hostelero en poco tiempo, entreabrióse ligeramente y sin hacer ruido dicha puerta, por la que asomó una mano blanquísima y delicada, y un torneado brazo completamente desnudo. Con la sutileza y agilidad propia de un prestidigitador de nuestra época ó de un tomador de dos, nombre que se aplica á otra clase de prestidigitacion, se introdujo dicha mano por entre los pliegues de la capa colgada en el respaldo del sitial, y estrajo de su bolsillo el medallon que acababa de comprar al judío el caballero, colocando en su lugar una caja del mismo tamaño que la en que se encerraba la sustraída joya.

Este cambio se efectuó con una rapidez tal, y una oportunidad de circunstancias, que ninguno de los dos personajes pudo apercibirse de él.

Isaac contaba sus monedas, cuya operacion, á decir verdad, no hacia mucho honor al caballero, quien volvió á llenar el vaso y bebió otra vez. La botella contendria apenas un cortadillo, señal evidente de que las fauces se habian remojado bien.

La animacion que se pintó en el semblante del bebedor, estaba en relacion directa con el citado cortadillo.

—¿Os olvidais que espero vuestra historia? dijo Isaac sentándose y mirando al caballero con marcada curiosidad luego que concluyó de contar el oro.

—Tienes razon, querido Isaac, estaba distraido, dispénsame y prepárate á escuchar la relacion de mi cuento que, segun te he dicho, te ha de interesar hasta conmoverte.

Y tomando una postura cómoda en su sillón, empezó á hablar de esta manera.

## II.

## EL PRINCIPIO DE UN CUENTO.

Hay á pocas leguas de Búrgos un bosquecillo de corpulentas y frondosas encinas, que deben parte de su vigor y lozania á un arroyo que por en medio de ellas se desliza sobre un lecho de blancos guijarros; y al pié de este arroyo, cerca de su nacimiento, una casita, casi una choza, segun es modesta y tosca su construccion, que está abandonada y derruida en la actualidad. Hace muy pocos dias estuve descansando en una de sus habitaciones mientras mi caballo bebia en el citado arroyo.

Isaac se estremeció ligeramente.

El caballero miróle con indiferencia, y continuó:

—No siempre estuvo solitario aquel albergue. El sitio es demasiado encantador, y muy suave la brisa que allí reina para que una persona aficionada al estudio y á la meditacion se desdeñe aceptar aquel asilo como puerto seguro y apacible contra las tempestades de la vida. Ya advertirás, querido Isaac, que soy un tanto cuanto aficionado á la poesia y buen decir, aunque esto no sea del caso. Sigo, pues, mi narracion.

Hará unos diez y ocho años que un hombre de edad madura, judío de nacimiento y muy profundamente versado en la ciencia de curar, que con éxito prodigioso habia ejercido en varias cortes de Europa, se habia hecho construir tan modesta vivienda, que ocupó al poco tiempo con un inmenso tesoro, segun decian las gentes, y una doncella, hija suya, hermosa mas que las huris del mentido paraíso de Mahoma. Y muy cuerdate obró su padre en ocultar tan hermosa gacela de las garras de algunos gavilanes de la ciudad, que son los mas atrevidos gavilanes que se conocen.

Allí pasaban tranquilamente una vida de quietud y soledad: él entregado á las meditaciones de la ciencia, y ella ocupada en mirar su hermoso semblante en el cristal del arroyo, y en grabar el nombre de su padre en las cortezas de los árboles.

¡Qué felices vivian!

Una noche llamó á su puerta un mendigo, un miserable hebreo con la túnica destrozada, hambriento y estropeado, víctima de una fiebre que le consumia.

Era una noche horrible, de las mas horribles del mes de enero.

La nieve caía en menudos copos, y el huracán desgajaba las ramas de los árboles.

El hebreo hubiera muerto quizá en aquella noche.

—Espantosa á fé, murmuró débilmente Isaac.

—Pero Dios no quiso que muriese, siguió el narrador con acento sombrío. ¿Quién puede penetrar sus arcanos? El sabio le abrió su puerta, le dió un lecho en qué reposar, agua para mitigar la sed y pan para matar su hambre. El médico curó su fiebre, y la doncella de ojos azules veló muchas noches á la cabecera de su lecho.

Por fin se halló sano y robusto en poco tiempo.

Benjamin, que así se llamaba el sabio, le rogó se quedase en su compañía y le instruyó en los misterios de la ciencia; hizo de él un médico muy hábil, si; demasiado tal vez.

Mucho tenía aquel hombre que agradecer á Benjamin.

Y pasó un año sin que sucediera nada notable.

Llegó la primavera.

El campo empezaba á vestirse con las pintorescas galas de la estación.

Rebeca, la doncella, hacia ramilletes de silvestres flores para engalanar la habitación de su padre.

Otra hermosa noche del mes de mayo, por ahora fué, empezaba á desplegar sobre la tierra su velo de tinieblas.

La luna acariciaba con su luz las copas de los árboles; la brisa dormía entre ellas, y el arroyo murmuraba débilmente.

Benjamin y Rebeca rezaban sus oraciones sentados en la puerta de su casa, y el hebreo mendigo meditaba.

Un bulto negro avanzaba hacia el grupo, con ese andar incierto y balbuciente de los niños y de los borrachos.

Cuando pudo hacerse oír, dió un grito y cayó.

Recogieronle prontamente los dos hombres, mientras la niña le rociaba el rostro con agua.

Era un caballero joven y muy hermoso. Estaba herido en un costado. Pero la herida no era mortal.

Desnudaronle prontamente para meterle en el lecho.

Y la joven le velaba como al mendigo.

Y los dos médicos lavaban su herida que iba cicatrizándose poco á poco.

La naturaleza hizo lo demás.

Cuando estaba convaleciente, salía apoyado en el brazo de Rebeca y paseaba por el campo.

Las alboradas de mayo les sorprendían juntos.

Y juntos los veía la luz del crepúsculo.

(Se continuará.)

## VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y A LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CÁSTERA.

(Continuación.—Véase el n.º 44).

El 2 de julio se aproximó la escuadra á Chu-San. Esta travesía se hizo con bastante trabajo, por el inmenso número de botes chinos de todos tamaños que habían salido por curiosidad á ver las embarcaciones europeas. El *Lion* tuvo mas de trescientos aprietos á su alrededor. Se veían mas lejos muchos millares, de los cuales los pequeños se ocupaban en pescar, y los demás en cargar maderas de armaduras y otras varias mercancías. Algunos de estos últimos formaban una fila y se adelantaban igualmente. Otros se hallaban amarrados juntos, y llevaban maderas de enormes dimensiones y atravesadas sobre cubierta. Todos tenían velas de esterilla en vez de tela, y una tripulación mucho mas numerosa que la de los barcos europeos de iguales dimensiones. Todo, por último, anunciaba un gran comercio y una inmensa población, mucho mayor que cuanto hasta entonces se había visto.

La mayor parte de las islas de Chu-San no son sino montañas cuya pendiente es regular y el vértice redondo. Parece que provienen de otros tantos ángulos agudos, cuyas puntas se han gastado con el tiempo, conservando solo una forma convexa. Aunque estas islas se encuentran muy próximas, el agua que las separa está muy pro-

funda en muchos sitios. Su base es de granito gris ó rojo, cuyas partes se parecen al pórfido, pero no tienen su dureza.

Algunas de estas islas tienen el aspecto mas seductor: una de ellas sobre todo, que se llama *Pootoo*, representa un paraíso terrenal. Sus bellezas, á las cuales el arte ha contribuido mucho desde hace tiempo, ha sido sin duda la causa de haber fijado allí su morada una orden religiosa. Estos monjes, en número de tres mil, son los únicos poseedores, y viven celibatarios. Hay allí cuatrocientos templos, y cerca de cada uno de ellos hay jardines y casas que habitan los monjes. Este vasto monasterio, si así puede llamarse, está ricamente dotado, y goza de una gran celebridad en todo el imperio.

Durante la ausencia del *Clareuse*, el *Lion*, habiendo fondeado entre el *Labrador* y el *Hocico del Bufalo*, tenía la primera de estas islas por el noroeste cuarto de norte, y la última al nord-este cuarto de norte. Allí hay un excelente puerto al abrigo de todos los vientos.

La isla del Labrador está habitada en muchos sitios, y hay un verdor encantador; pero no se ve ni un chaparro: no hay sino alguno que otro árbol frutal naciente, pinos y cañas. Las rocas de esta isla tienen la misma altura que las de los Larrones, y solamente mas que estas últimas, algunas venas perpendiculares de espato blanco y blanco azulado.

El *Lion* se proporcionó allí, á un precio equitativo, vacas, cabras y aves; y los botes que pescaban á su alrededor le llevaron varias clases de excelentes pescados. La vista de una embarcacion tal como el *Lion*, cuya construcción y tamaño parecían tan extraordinarios á los chinos, hizo casi abandonar todas las labores de tierra y mar.

Hacia el extremo del sud, encontró el *Clareuse* un buen fondeadero con diez y siete brazas de agua: los que en él iban juzgaron oportuno permanecer en él durante la noche, en atención á que para llegar á Chu-San, el paso era estrecho y lleno de islas. Segun lo prevenido en los reglamentos del vigilante gobierno de la China, la aproximación del *Clareuse* se sabia ya en Chu-San. Una embarcacion china fondeó cerca de él, y un oficial vino á bordo del inglés para anunciarle que al dia siguiente por la mañana su chalupa conduciría su embarcacion al puerto de Chu-San, donde se creía que queria pasar: el dia siguiente partió temprano con la marea, y despues de haber atravesado muchos pequeños estrechos, entró en el puerto que buscaba.

La parte del puerto donde el *Clareuse* ancló con cinco brazas de agua, estaba distante cerca de media milla del sitio donde había tierra, cerca de la casa del Tsmig-ping, ó gobernador militar, que mandaba en Chu-San. A la vista del brik, aquella casa llevaba nord-este cuarto de norte. De allí, ninguno de los cuatro pasajes que conducían al puerto se veía; de manera que se encontraba como en un gran lago rodeado de montañas; y era imposible á las personas que se hallaban en la entrecubierta del *Clareuse* señalar el sitio por donde la embarcacion había entrado. De norte á sur, el puerto no tenía mas de una milla de estension; pero de este á oeste, había tres millas.

Tan pronto como el *Clareuse* hubo fondeado, algunos oficiales civiles y militares pasaron á bordo para informarse de los motivos que le conducían á Chu-San, y cuando se les hubo explicado, se acordó que los ingleses bajarían al dia siguiente á tierra para ser presentados al gobernador y hacerle su petición. Los oficiales chinos habían llevado para que les sirviese de intérprete, un comerciante de su nacion, al cual le habían ligado negocios con los agentes de la Compañía de Indias en tiempos en que les había sido permitido frecuentar aquella parte de la China: aun hablaba un poco el inglés: él refirió que, aunque el puerto de Chu-San hubiese estado cerrado á los ingleses, no habían dado ninguna razon verdadera de descontento; pero que probablemente su exclusion provenia de la influencia de los principales oficiales de Canton, que perderían grandes productos de la acumulacion del comercio extranjero en el puerto. Quizás

tambien no sería debido sino al miedo que tenía el gobierno de la China de experimentar algun funesto resultado de la comunicacion ilimitada de sus individuos con los extranjeros en muchos puertos del imperio á la vez.

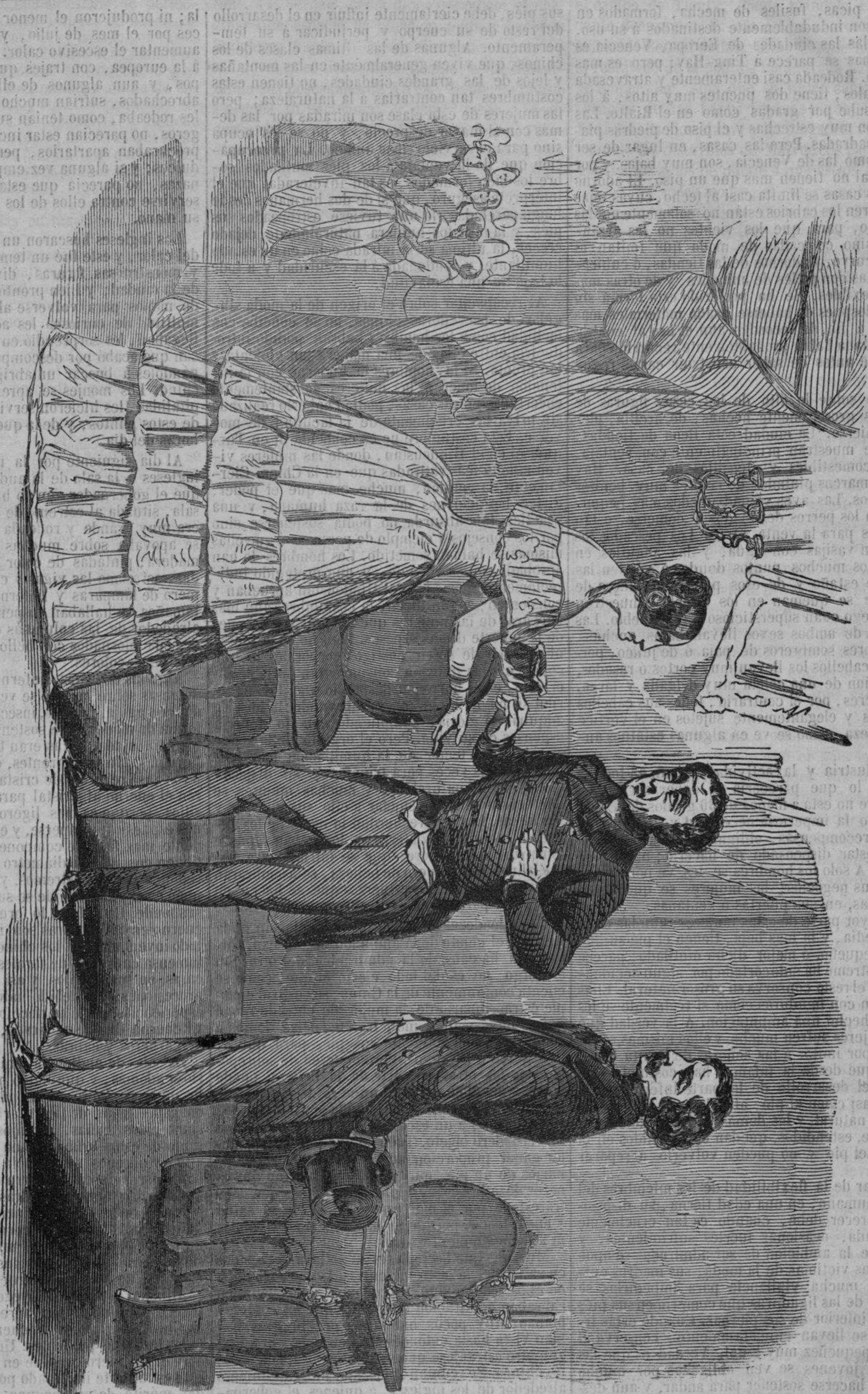
El comerciante chino recordaba con placer los nombres de Mr. Fitzhugh y Mr. de Beyan, dos de los principales agentes de la Compañía en Chu-San y en Ning-Poo; y conservaba la esperanza de ver aun á los ingleses hacer el comercio en sus puertos. Explicó el por qué no se había salido sino con tres cañonazos al *Clareuse*, que había disparado siete. Era unicamente porque los reglamentos económicos del gobierno chino no permiten disparar mayor número de cañonazos, cuando no se trata sino de un cumplimiento: dijo entonces que la regla de los chinos era el apuntar al aire sus cañonazos de saludo; y añadió que si los ingleses hubiesen tenido esta precaucion, no hubieran sido muertos dos chinos por los cañones de una embarcacion que en Canton celebraba una fiesta; accidente que costó despues la vida al artillero, y hacer perder á la Inglaterra el comercio de la China. El gobierno chino mira los cañones como destinados á hacer daño cuando apuntan horizontalmente, cualquiera que sea el motivo para que se disparen.

Desde que se supo que el brik *Clareuse* pertenecía á la embajada, para la cual la corte de Pekin había enviado órdenes á toda la costa, á fin de que se les proporcionase recursos, y que se le hicieran los honores que jamás habían tenido lugar en ocasion semejante, el gobernador envió á bordo regalos de toda clase de provisiones. Al dia siguiente recibió á los ingleses con mucha cortesía; les dió una gran comida, les hizo asistir á los espectáculos, haciéndoles saber al mismo tiempo que esperaba que una diputacion en forma que había enviado á bordo del *Lion*, fondeado, segun ya hemos visto, á alguna distancia, obligaría al embajador á venir á tierra, donde se le preparaban grandes honores. El vivo deseo de aparecer cuanto antes en presencia del Emperador, sirvió de pretexto para no acceder á las proposiciones que podían ocasionar retraso, y para apresurar el envio de los pilotos.

En cuanto á los pilotos, el gobernador creyó que se estaba plenamente conforme con las intenciones de la corte, teniendo los marinos prontos á conducir á la escuadra todo lo largo de las costas hasta la provincia que se halla al norte de la suya, porque encontraria despues de esto á otras personas que la conducirían sucesivamente hasta Tien-Sing. Sin embargo, es verdad que aquel modo de costear la China podía ser muy pesado, y aun perjudicial para las grandes embarcaciones, que sacando mucha agua, corren siempre mas riesgo de chocar contra los bancos de arena ó rocas á lo largo de las costas, que en plena mar. Se le hizo esta observacion al gobernador; pero la idea de navegar hacia el golfo de Pekin sin detenerse, le parecia enteramente nueva, y pidió reflexionarlo hasta el dia siguiente.

Viéndose obligados los ingleses por esto á diferir su vuelta á bordo del *Lion*, fueron á visitar la ciudad de Ting-Hay, que se halla á una milla del gran pueblo ó barrio edificado á orillas del mar. Para pasar á Ting-Hay, atravesaron una llanura cortada en todas direcciones por arroyos y canales, que independientemente de todo otro uso, se hallan destinados á dividir las posesiones. La llanura está cultivada como un jardin; no se ve allí un solo sitio baldío, y el camino, aunque cómodo, es estrecho como si se quisiera que hubiera allí el menor terreno posible perdido para la agricultura.

Las murallas de la ciudad son de treinta piés de alto, y semejantes á las de una gran prision: la altura de estas murallas oculta los tejados de las casas que encierran, y de cien en cien pasos, hay dos torres cuadradas de piedra. Los parapetos están guarnecidos de troneras y tronerrillas para los arqueros. Pero no hay sino algunos cañones viejos de hierro cerca de la ciudad. La puerta es doble, y se veía por dentro un cuerpo de guardia con muchos soldados. Los arcos,



Caridad postuma.

**LA DUQUESA.** No fue el gusto de verle a V. Conde, al viernes, en santo Tomas, cuando me tocó el turno de pedir para los pobres.

**EL CONDE.** Estuvo malo, Duquesa, y no me fué posible visitar los Santos Monumentos. Ya me han dicho que estaba V. elegantísima.

**LA DUQUESA.** Eisonja, Conde. Lo que estaba regular era la bandeja. Mis amigos me manifestaron serlo.

**EL CONDE.** Siento no haber tenido ocasion de confarme entre ellos.

**LA DUQUESA.** Para eso siempre la hay: Jactáscua es tambien Semana Santa, y un salon de baile tambien es santo Tomas.

**EL CONDE.** Es verdad.

**LA DUQUESA.** (No le alcanzó la pasion; pero le alcanza la alhuyá).

flechas, picas, fusiles de mecha, formados en orden, son indudablemente destinados á su uso.

De todas las ciudades de Europa, Venecia es la que mas se parece á Ting-Hay; pero es mas pequeña. Rodeada casi enteramente y atravesada por canales, tiene dos puentes muy altos, á los que se sube por gradas como en el Rialto. Las calles son muy estrechas y el piso de piedras planas y cuadradas. Pero las casas, en lugar de ser altas, como las de Venecia, son muy bajas, y por lo general no tienen mas que un piso. El adorno de estas casas se limita casi al techo, cuyas tejas que cubren los cabrios están no solamente unidas con yeso, para que los vientos no las arranquen, sino colocadas de modo que imitan al remate curvo, y adornos de las tiendas, ó cubiertas hechas con pieles de animales, y de otras materias flexibles. Se ha preferido esta forma sin duda, despues de haberse usado materiales mas sólidos, á fin de recordar aun el uso al cual la raza humana habia probablemente recurrido para abrigarse antes de saber construir casas regulares.

Se ve sobre lo alto de las casas figuras de animales groseramente hechas, de arcilla, piedra ó hierro. La ciudad está llena de tiendas, donde se muestran principalmente con ventaja, trajes, comestibles y utensilios de casa. Hay además marcos pintados de colores muy bonitos y variados. Las aves y cuadrúpedos mas pequeños, aun los perros destinados á comerse, están espuestos para la venta vivos. Los pescados los tienen en vasijas con agua, y las anguilas en arena. Los muchos puntos donde se venden las hojas de estaño y de esos palos de madera de olor que se queman en los templos, muestran desde luego cuán supersticioso es este pueblo. Las personas de ambos sexos llevan batas anchas: los hombres sombreros de paja ó de junco, porque sus cabellos los llevan muy cortos ó rasados, á escepcion de una coleta muy delgada y larga. Las mujeres, por el contrario, todos sus cabellos trenzados y elegantemente sujetos en el vértice de la cabeza, como se ve en algunas estatuas antiguas.

La industria y la actividad reinan en toda la ciudad, lo que pareceria no deber ser en un clima que no está á menos de 30 grados del Ecuador. Pero la imperiosa necesidad y el medio de obtener recompensas, obligan al trabajo. Nadie parece estar dispensado de hacerlo; nadie pide limosna. A solo los hombres se les ve por las calles en sus negocios; las mujeres se quedan en las tiendas, en sus puertas ó ventanas.

La mayor parte de estas mujeres, aun las de la clase media, y la mas baja, tienen el pié sumamente pequeño, ó mejor dicho mutilado: parece que su extremo ha sido cortado por algun accidente, y que el resto conserva su grosor natural. Ellas lo cubren con ligaduras como si realmente se les hubiera hecho una amputacion. A la verdad que estas mujeres sufren mucho, y ellas mismas se estropean por imitar á las señoras de la alta clase, en las que desde la infancia hay costumbre de detener el desarrollo de la parte inferior de la pierna, así como el pié: al pulgar se le deja su posicion natural, y los demás dedos se les dobla hasta que, estendidos, quedan comprimidos en la planta del pié y no pueden volverlos á separar mas.

A pesar de la flexibilidad de los miembros del cuerpo humano, en una edad tierna, su disposicion á crecer debe, cuando es tan cruelmente contrariada, ocasionar fuertes sufrimientos, y antes que la ambicion de ser admiradas se apodere de las víctimas de la moda, sus madres cuidan con mucha vigilancia para impedirles se despojen de las ligaduras que comprimen sus piés y parte inferior de sus piernas. Cuando estas ligaduras se llevan cuidadosamente, conserva el pié una pequeñez muy igual. Verdad es que las personas jóvenes se ven obligadas por mucho tiempo á hacerse sostener para andar, y aun despues no marchan sino tambaleándose y sin apoyar en tierra mas que el talon.

Pero, aunque aquella disminucion artificial no impida enteramente á las chinas el servirse de

sus piés, debe ciertamente influir en el desarrollo del resto de su cuerpo y perjudicar á su temperamento. Algunas de las últimas clases de los chinos, que viven generalmente en las montañas y lejos de las grandes ciudades, no tienen estas costumbres tan contrarias á la naturaleza; pero las mujeres de esta clase son miradas por las demás con el mayor desprecio, y no se les ocupa sino para el servicio mas infimo. La preocupacion que da la ventaja á los piés mutilados sobre los bien formados, es tan inveterada, que el intérprete aseguró, que si de dos hermanas desde luego parecidas, la una tuviese estropeados sus piés, y la otra los hubiera naturalmente dejado crecer, la última seria mirada como en un estado humillante, y condenada á la oscuridad y á todo lo bajo de una esclavitud.

Al recapacitar sobre el origen de la moda singular de las señoras chinas, no se concibe con facilidad cómo los hombres habrán podido introducirla entre ellas de una manera tan violenta y tan pronta. Si los hombres lo hicieran con la intencion de tener á las mujeres constantemente encerradas en sus casas, podian haberlo realizado sin privarlas cruelmente de la facultad de moverse. Esta costumbre no es conocida ni en Turquia ni en el Hindoustan, donde las mujeres viven mucho mas retiradas que en la China. Ciertamente, la opinion, mucho mas que el poder, dirige las acciones de la raza humana, y una práctica tan absurda no podia sostenerse sino por los consejos y ejemplo de personas á que ellas mismas se habian sometido. Los hombres lo han aprobado con su silencio, y aun protegido indirectamente, como los del Hindoustan aprueban y consienten, segun dicen, la costumbre, aun mas bárbara, de las mujeres que se queman despues de la muerte de sus esposos. Pero no es la fuerza ni el temor de sufrir castigos corporales lo que conduce á las indias á consumir tan horrible sacrificio, es el horror y desprecio que les seguirian si no lo hicieran, y sobre todo la idea de adquirir la gloria, cumpliendo con un deber á espensas de su vida. Pero el orgullo de la superioridad y el temor de la humillacion han bastado muchas veces para triunfar de las disposiciones de la naturaleza, y muchas mujeres se han acostumbrado á sujetar á ello sus cuerpos y sus almas. Los que recuerden la moda de los talleres delgados en Inglaterra, y los trabajos que se tomaban, y los dolores que se sufrían para sobresalir en este género de belleza, se asombrarán quizás menos de los esfuerzos que se hacen en otra parte para diversos atractivos.

La delicadeza de las formas ha sido sin duda siempre el objeto de la ambicion de un sexo, porque ella ha causado la admiracion del otro. Sin embargo, no es del todo cierto el que, como se cuenta comunmente de la China, sea esto el ejemplo extraordinario de la mujer de elevado rango quien haya podido inducir á todas las demás á comprimir violentamente sus piés para que se pareciesen á los suyos. Pero el deseo de sobrepone á las otras en parte de la belleza, puede haber animado á un gran número de mujeres de todas clases; y una moda seguida por tantos años, se ha llevado á un exceso, que de hecho cambia su verdadero objeto. Todo lo que pueda una mujer ganar proporcionándose los hechizos imaginarios de un pié, muy inferior al tamaño que la naturaleza le ha querido dar, está mas que contrareestado por el mal que produce en su salud y en su físico, porque no hay gracia en su andar ni animacion en el rostro.

Mientras que los ingleses se hallaban ocupados en satisfacer la extrema curiosidad que escitaba en ellos todo cuanto les rodeaba, ellos tambien causaban admiracion á aquellos que los contemplaban. Muy pocos habitantes de Ting-Hay habian visto hasta entonces á un europeo, ni á ningun otro extranjero que se diferenciase mucho de los chinos. Se reunian, pues, en un gran número alrededor de los ingleses, á quienes el gobernador habia dado una guardia para que les acompañase. El pueblo se aproximaba sin parecer temer nada de los soldados; pero á ninguno de ellos se les escapó el mas leve insulto, ni bur-

la; ni produjeron el menor alboroto. Era entonces por el mes de julio, y la multitud venia á aumentar el excesivo calor. Los viajeros vestidos á la europea, con trajes que oprimian sus cuerpos, y aun algunos de ellos que los llevaban abrochados, sufrían mucho. Mas la multitud que les rodeaba, como tenían sus trajes anchos y ligeros, no parecían estar incómodos. Los soldados procuraban apartarlos, pero empleando medios dulces; y si alguna vez empleaban algunas amenazas, no parecia que estaban acostumbrados á servirse contra ellos de los medios que tenían en su mano.

Los ingleses buscaron un punto donde librarse del calor, y este fué un templo lleno de grotescas y monstruosas figuras, divinidades guardianas de la ciudad; y bien pronto subieron á sus sillas de manos para volverse al puerto. Una nueva multitud de curiosos les acompañaba. Mientras llegaban, les sorprendió en el camino un huracán que acabó por descomponer sus literas, obligándoles á buscar un abrigo en un monasterio chino. Los monjes se apresuraron á darles hospitalidad, les hicieron servir té, bebida general de estos puntos, y de la que se hace uso á todas horas del dia.

Al dia siguiente por la mañana, pasaron los ingleses á la sala de la audiencia tan temprano, que el gobernador aun no habia llegado. Aquella sala, situada al extremo de un corredor enlosado, era muy grande y rodeada de galerías. El techo se apoyaba sobre muchas filas de columnas de madera, pintadas de color rojo y bien barnizadas, así como las vigas y cimbras. Un gran número de lámparas y linternas de todas formas y tamaños se hallaban suspendidas de las vigas y alrededor de las columnas con gruesos cordones de seda adornados con bellotas de varias clases y diferentes colores.

Algunas de estas linternas estaban cubiertas de gasas sobre las que se veían pintados y bordados con aguja, pájaros, insectos, flores y frutas: la forma de madera que sostenia la gasa estaba muy bien trabajada. Otras eran todas de cuerno, pero tan finas, tan transparentes, que al pronto los viajeros las creyeron de cristal. Los chinos prefieren el cuerno al cristal para esta clase de utensilios, porque es mas ligero, menos malo y menos espuesto á romperse, y en caso de algun accidente mas fácil de componerse: muchos de ellos tienen dos piés de diámetro y forman un cilindro redondo por sus extremos, y cuyos bordes se reúnen en el punto donde se sujeta la cuerda que le suspende. Cada farol lo forma una sola pieza de cuerno cuyas junturas son invisibles por un método inventado por los chinos. Es verdad que la inmensa cantidad de faroles que emplean en sus casas, en sus templos, y así como en sus fiestas y procesiones, ha debido inducir á hacer muchas esperiencias para perfeccionar la construccion. El cuerno de que se sirven, en general proviene de carneros y cabras.

La sala de audiencia tenia otra cosa muy curiosa además, y que llamó mucho la atencion de los ingleses. Sobre varias mesas habia colocados en cajas llenas de tierra árboles nacientes, tales como pinos, cañas, naranjos con su fruto. Ninguno de estos árboles tenia mas de dos piés de alto, y algunos se conocia que eran viejos. Se habia formado en la tierra que les rodeaba pequeños montones de piedras que guardaban proporcion con los árboles nacientes, pudiéndoseles llamar *rocas*: estaban corroidos y cubiertos de musgo, como si tuvieran muchos siglos, lo que servia para aumentar la ilusion y dar á todo el conjunto un aire de antigüedad.

Aquella especie de vegetacion achaparrada parece ser de mucho aprecio y curiosidad en la China; porque se encuentran ejemplares en todas las casas pudientes. Una parte de inteligencia del jardinero consiste en saberla producir, y esto es un arte inventado por los chinos. Aparte del mérito de vencer una dificultad, se tiene, gracias á este arte, la ventaja de introducir en las habitaciones ordinarias vegetales que sus naturales dimensiones no le permitirían entrar.

Segun las leyes de la naturaleza, las produc-

ciones vegetales consiguen su estado de perfeccion en distintos periodos, despues de haber adquirido diferentes dimensiones y pasado por varios grados de desarrollo. Así, el cedro del Libano emplea muchos años en formar su tronco alto y robusto con sus brazos horizontales; cuida de dar aquellas flores sin color y aquellas pequeñas simientes que sirven para reproducirle, é indican que su desarrollo es perfecto; mientras que el hisopo, que no tiene mas que un tallo corto y herbáceo, produce sus flores y sus granos algunos meses despues que la simiente. Algunos árboles se reproducen por tallo, es decir por ramas jóvenes que han sido plantadas en lugar de sembrar las simientes; y estos pedazos de ramas llegan á convertirse en troncos, al término de desarrollo fijado á su especie por la naturaleza, y adquiriendo la altura ordinaria, dando á su alrededor brazos antes de ser adultos ó capaces de fructificacion. Pero por el arte de hacer que nazcan grandes vegetales, una rama estraida de un árbol ó metida en la tierra, continúa dando fruto como si hubiese estado ingerta en otro árbol en el momento en que la savia está á propósito para la reproduccion.

El método que se emplea en la China para producir árboles pequeños, es tal que vamos á referirlo. Cuando se ha cogido el árbol del que se desea sacar un arbusto, se pone sobre su tronco y lo mas cerca posible del sitio donde se dividen sus ramas, cierta cantidad de arcilla ó de estiércol, que se sostiene con una envoltura de tela de cáñamo ó algodón y que se tiene cuidado de humedecer con frecuencia para sostener la humedad en aquel punto. Este estiércol se deja allí algunas veces por un año, y durante este tiempo, la parte del árbol cubierta arroja tiernas fibras que parecen raíces. Cuando la parte del tronco de donde estas fibras salen, y la rama que se encuentra inmediatamente por encima, se han separado con precaucion del resto del árbol, se planta en una tierra nueva, donde las fibras llegan á ser bien pronto verdaderas raíces, mientras que la rama forma el tallo de un vegetal, que se encuentra en parte metamorfoseado. Aquella operacion no destruye ni altera la facultad productiva que gozaba la rama antes de elevarse á ser tronco padre.

(Se continuará.)

## LA CUESTION DE MARRUECOS.

Despues de los combates de que hemos dado cuenta en nuestro número último, los moros se retiraron de las cercanías de Ceuta, no dejando mas que cincuenta hombres en el Serrallo, que no molestaron á la plaza. Se atribuía esta retirada á que el emperador habia dado órdenes muy severas, prohibiendo que hostilizaran la plaza. Segun una correspondencia de Ceuta, Tánger se estaba fortificando bajo el pretexto de impedir una invasion de los beduinos; las obras se hacian con el auxilio de los ingleses, ó mas bien, por ellos mismos, habiendo colocado en Alzarabar cuatro cañones de ochenta; y estaban arreglando las murallas para ponerlas en estado de resistir un ataque. Cuando se hallaban en estos trabajos, las hordas insurreccionadas quisieron penetrar en la plaza; pero no se lo permitieron los de dentro, por cuya razon, llenas de enojo, incendiaron algunas casas de las inmediaciones.

La Inglaterra, á pesar de que algunos periódicos habian dicho que trataba de embarazar nuestra expedicion á Africa, no ha manifestado una oposicion abierta. El *Times* aseguraba que el gobierno inglés no habia hecho objecion alguna respecto á que España obtenga de Marruecos la satisfaccion á que tiene derecho. Seria di-

ficil, á la verdad, decia dicho periódico, el imaginar qué especie de objecion pudiera hacer la Inglaterra á que la España diese una leccion á los moros que, desde hace tiempo, están hostilizando sus posesiones de Africa, habiendo puesto á prueba su paciencia, y dando lugar á decir que es la mas paciente de las naciones. Pocos dias despues, el mismo periódico anunciaba que, en vista de la actitud de España respecto á Marruecos, el almirante Faushaire se habia dirigido con una parte de su escuadra á Gibraltar, donde se le uniria la division del almirante Mundy, estacionada en las aguas de Sicilia.

Hacia mediados de setiembre último corrieron voces de que el emperador de Marruecos habia pedido un plazo de tres meses para dar satisfaccion á España; pero esta noticia era completamente inexacta: el gobierno español concedió un plazo que terminaba el 6 de octubre, pasado el cual, si no recibe la satisfaccion que exige con tanta justicia, la Europa entera verá que el gobierno español sabe defender con toda energia su dignidad y sus derechos, y que no merece la calificacion de ser la nacion *mas paciente* con que el *Times* la ha gratificado.

La prensa española seguia ocupándose de esta cuestion, y aunque no todos los periódicos la consideraban del mismo modo, estaban unánimes, sin embargo, en pedir que el gobierno obrara con energia. Algunos diarios censuraban la conducta del gobierno; pero otros opinaban que era conveniente no acelerarse por temor de que los sucesos viniesen á demostrar, aunque tarde, los malos resultados de la precipitacion en semejantes casos.

Seria casi imposible el hacer la enumeracion de las ofertas que han hecho de su espada varios oficiales, algunos de ellos superiores, pidiendo ir á Africa en clase hasta de soldados. El señor duque de Montpensier fué uno de los primeros en ofrecer á S. M. la suya para ir á Marruecos, como hace diez meses la habia ofrecido tambien. La misma oferta hizo el Sr. Infante D. Enrique.

La *Gaceta Militar* publicó un escrito del señor coronel Stanco en que proponia al gobierno la creacion de una legion vascongada voluntaria (en el caso de que se emprenda seriamente la guerra), invitando á las diputaciones forales á su formacion, fijando el tipo de batallones y organizándola con oficiales del pais que hubieran hecho la guerra civil y fuesen pertenecientes al convenio de Vergara, aunque estuviesen retirados.

El 16 de setiembre se verificó un reconocimiento de las cercanías de Ceuta por las tropas de la guarnicion, con el objeto de que los oficiales de Estado mayor pudieran levantar el plano que sirva de base á las operaciones militares: nuestras tropas no fueron molestadas en sus trabajos, pudiendo retirarse tranquilamente á la plaza despues de haberlos concluido. El 19 los moros habian desaparecido casi del todo, habiendo retirado hasta la guardia que tenian en el Serrallo; los pocos que se veian estaban en ademan pacífico. El imperio parecia agitado por algunos puntos, aumentándose cada dia mas la emigracion de Tánger, por temor de disturbios en la plaza.

Los franceses, por su parte, habian alcanzado una victoria sobre los marroquies que atacaron

el campo de Tiouty, donde mandaba el comandante Beaupretre. El jefe de los moros era Sidi-Mohamet-Ben-Abdallah. Este ataque no parecia el resultado de la politica inaugurada por el nuevo emperador, sino que su única causa era el carácter de las tribus vecinas, que, como los Beni Soason, los Mahia y los Angades, se aprovechan de los disturbios de Marruecos para entregarse á los actos de pillaje á que están acostumbrados. De todos modos, el escarmiento que habian recibido les sirvió de leccion; Sidi-Mohamet-Ben-Abdallah se retiró despues de su derrota, habiendo perdido el prestigio y abandonado de los pueblos á quienes antes tenia fanatizados.

Cartas de Tánger, recibidas hácia el 24 de setiembre, aseguraban que, á pesar de que los moros componian lo mejor posible las murallas de aquella plaza, era imposible que quedaran en estado de resistir algunas horas á los disparos de los cañones europeos. Los habitantes recuerdan con horror el bombardeo hecho por los franceses, los cuales consiguieron apagar todos los fuegos de la ciudad á los primeros disparos de la escuadra. En caso de ruptura entre nuestro gobierno y el emperador de Marruecos, el encargado de negocios de España en Tánger saldria de allí, y los súbditos españoles que no quisieran seguirle, quedarian bajo la proteccion del pabellon francés, como habia sucedido en Tetuan, en donde habiéndose retirado el vice-cónsul de España, Mr. Nahon, cónsul francés, tomó bajo su proteccion los españoles que quedaron, así como los faluchos de nuestra nacion que estaban en la bahía.

Una carta de Mazagan, publicada por la *Crónica de Gibraltar*, decia que el pais se hallaba en completa anarquía y todos sus habitantes alarmados. En la ciudad se habian tomado todas las precauciones posibles para defenderse de cualquiera invasion por parte de los árabes del interior. Los moros habian llevado sus armas dentro de la poblacion, manteniendo guardias en las murallas noche y dia. El pueblo de la ciudad habia jurado ser fiel á los cristianos hasta el último extremo. Los caminos estaban en un estado de inseguridad completa, y los correos no podian viajar; algunos de ellos habian sido robados y maltratados sus conductores. En una reunion de los residentes europeos se habia resuelto tomar medidas para defenderse hasta el último extremo, y una provision de pólvora procedente de un vapor inglés completó sus preparativos. Todas las mujeres y niños se enviaron á bordo de un buque portugués.

El vapor inglés *Vulture*, despues de haber recorrido toda la costa de Marruecos, llevó noticias á Gibraltar que la *Crónica* de aquella ciudad referia del modo siguiente. Por todos los puntos de la costa se advierte una conducta amistosa para con los ingleses, al paso que se echa de ver generalmente el desprecio á los españoles; y dias pasados, cuando un buque de guerra español intentó entrar en la bahía de Mogador por el lado del sud y tocó en tierra, las espresiones de los moros estaban muy lejos de ser cumplimientos agradables para aquella nacion. El 14 de setiembre, el *Vulture* salió de Mogador, y al dia siguiente ancló delante de Safé. A su llegada, los moros le saludaron con veinticinco cañonazos, cuyo salu-

do les fué devuelto. Varios individuos de la familia del gobernador fueron á bordo, y se encontraron muy complacidos de verse entre sus amigos los ingleses. En otra ocasion, un gran número de oficiales habian tomado café en el palacio del gobernador, y el doctor de Desigam habia efectuado la cura de un niño de N. E. El 16 el *Vulture* entró de nuevo en Mazagan; se habia oido fuego en direccion de Arimor, y las avanzadas del cuerpo de Mazagan se veian sobre las alturas espiando los movimientos del enemigo. El gobernador de Arimor es un hombre impopular, y ha enviado una cantidad considerable de dinero á Mazagan para su seguridad. El 16 por la tarde el *Vulture* desembarcó á Mr. Woldridge, vicecónsul en Cabatiana, y al día siguiente llegó á Tanger, y dejó en aquel punto tres buques de guerra portugueses y uno español.

Después de esto, la *Correspondencia Autógrafa* decia que habian emigrado de Mazagan hasta cincuenta y tantos europeos, que en su mayor parte pasaron á Gibraltar: su salida se verificó con mil trabajos después de haber consumido sus municiones defendiéndose contra los moros.

A pesar de la relacion del buque inglés, *Vulture*, los moros no hacen gran distincion entre los ingleses y los demás europeos; pues, según una carta de Gibraltar, varias personas de dicha ciudad, y todas inglesas, que quisieron ver si era cierto lo que se decia de los moros, hicieron una expedicion al Africa; mas apenas fueron vistos por los rifeños, cuando los acometieron, mataron á uno de ellos y robaron á los demás. Después de muchos trabajos y peligros llegaron á Tanger donde se embarcaron en un buque inglés para volver á Gibraltar. Uno de los de la expedicion, capitán del 7.º regimiento, cayó en cama y murió á los tres días. Otro, llamado Mr. Brun, capitán del presidio, enfermó de suma gravedad, y todos los facultativos desesperaban de su vida.

La *Correspondencia Autógrafa* decia que, por noticias directas de Tanger, se sabia que el nuevo emperador de Marruecos recorría el imperio acompañado de 20 á 25,000 caballos de gente allegadiza, y haciendo ejecuciones capitales en todos los puntos por donde transitaba. Ya habia hecho morir cinco ó seis de los hombres más notables del imperio, porque los creía adversarios de su dinastía. En su escursion se hacia preceder por las cabezas de los ejecutados clavadas en picas. De esta manera habia llegado á Fez al frente de un ejército considerable. Inmediatamente se dirigió á la mezquita de Monley-Bay para cumplir con sus deberes religiosos, y recibir de manos del jefe de aquella iglesia el turbante verde que debe usar para siempre el heredero de la dinastía de los Sheriff. Al día siguiente habiendo sabido que uno de sus competidores habia salido á campaña, marchó hácia el sud del imperio, y el 12 por la mañana tuvo lugar un encarnizado combate en que el emperador quedó victorioso. Su ejército constaba de unos cuarenta mil hombres. El emperador tenia por adversario al hijo de Muley Soliman, pariente suyo, que habia conseguido atraerse numerosos partidarios y que esperaba poder ocupar la ciudad de Fez.

El golpe dado al hijo de Muley Soliman no fué sin embargo decisivo, y la guerra civil podia durar mucho tiempo; pero el emperador tenia por su parte todas las probabilidades y numerosos

medios. Su ejército está mejor organizado, y su tesoro muy provisto. Su adversario es un hombre sin talento, pero que se halla dirigido por un sheriff tan audaz como enérgico.

El nuevo emperador en una audiencia que tuvo con el cónsul de Inglaterra en Marruecos, á quien recibió en Fez, le dijo que le conocian mal los que creian que deseaba la guerra, y que, por el contrario, estaba resuelto á vivir en paz con todas las potencias europeas; y que los sucesos que habian tenido lugar, tanto en las fronteras de Argel, como en el Riff, eran independientes de su voluntad.

Apesar de las noticias que se recibian con frecuencia anunciando que se darian al gobierno español todas las satisfacciones exigidas, este, sin embargo, continuaba en sus preparativos, no haciendo caso de tales rumores, que podian muy bien no estar fundados mas que en meras conjeturas.

El ejército de observacion en la costa de Africa habia quedado organizado por el general en jefe Sr. Echagüe, del modo siguiente: Jefe de estado mayor, el Excmo. Sr. D. Ramon Maquenna.

Primera brigada. Jefe, el Excmo. Sr. Brigadier D. Ricardo de la Saussaye; dos batallones del regimiento de infantería del Rey, núm. 1; batallon de cazadores de Madrid y de Barbastro.

Segunda brigada. Jefe, el Excmo. Sr. Brigadier D. Ventura Barcaiztegui; dos batallones del regimiento de Granada, y los batallones de cazadores de Cataluña y Alcántara.

Tercera brigada. Jefe, el Excmo. Sr. Brigadier D. Fausto Elio; dos batallones del regimiento de infantería de Borbon, y los batallones de cazadores de Talavera y Mérida.

Cuarta brigada. Señor brigadier D. Santiago Otero, é interinamente el coronel D. Juan Alaminos de Vivar, con dos batallones del regimiento de Albuera, y los de cazadores de las Navas y de Simancas.

La primera brigada se acantonó en Ceuta, la segunda en Algeciras, la tercera en san Roque y la cuarta en Gimena.

Se contaba que con los batallones que estaban para llegar, aquel ejército constaria en breve de unos 20,000 hombres.

La *Gaceta Militar* publicaba los pormenores acerca de la visita del general Echagüe á la plaza de Ceuta, diciendo lo siguiente: «Al desembarcar del *Vasco-Nuñez* habia sido recibido por el gobernador, coroneles de artillería é ingenieros, gobernador eclesiástico y cabildo catedral. Inmediatamente pasaron á felicitarle al palacio del señor brigadier gobernador, los jefes y oficiales de la guarnicion ordinaria y extraordinaria, y los demás señores que tienen este deber oficial. Tambien asistió el ilustre ayuntamiento presidido por su alcalde D. Alejandro de la Herran, cuyo señor tuvo la honra de hacer presente á S. E. que estaba en el deber de ofrecerle sus servicios y todo cuanto fuese necesario, en nombre del entusiasta vecindario de la plaza, que ha sabido conquistarse para ella, en las ocasiones del mayor peligro, el relevante título de fidelísima. El señor general Echagüe dió las gracias por tan laudables sentimientos, y espresó á las corporaciones una por una los que le animaban para secundar las miras del gobierno de S. M.

«Acto continuo se dirigieron el general Echagüe y los que habian venido en su compañía con el gobernador, á visitar el cuartel del regimiento Fijo, en el que le esperaban los jefes y oficiales francos de servicio: estuvo examinando perfectamente las cuadras, y durante esta visita, la banda de música del regimiento amenizaba tan agradable acto con diferentes piezas: en igual forma les recibieron los demás jefes de los cuerpos que se hallan en la plaza en sus respectivos cuarteles; visitó el hospital militar, agradándole bastante el aseo del edificio y los alimentos de los enfermos; estuvo hablando á los heridos, á quienes consolaba para que pronto volvieran á tomar las armas para vengar los padecimientos que sufrían, y socorrió de su propio bolsillo á cada uno. En seguida, se dirigió á la ciudadela del monte Hacho, desde donde se domina la plaza y se descubre el campo del Moro, donde se encontraba el batallon de cazadores de Barbastro hasta nuestra linea divisoria y en las principales alturas.

«A la hora y media, atravesando la poblacion, se dirigieron al campo del Moro. Llevaron su escursion hasta rebasar la linea divisoria y la mezquita de los moros, sin que estos hayan hecho un solo disparo. A las cinco, después de examinar perfectamente todo el terreno, se volvieron á comer á palacio, y se embarcaron á las siete y media de la noche, con direccion á Algeciras.»

El 20 de setiembre marchó de Tanger la escuadra portuguesa sin que el infante D. Luis hubiera pisado el suelo de Marruecos. En vista de esto, un corresponsal de la *Crónica de Gibraltar* aseguraba que la causa de la presencia de los portugueses en aquellas aguas habia sido el que habiendo sabido el gobierno de aquella nacion, que España abrigaba la intencion de ocupar á Tanger, se apresuraba á enviar á Tanger su escuadra á las órdenes del duque de Oporto, para oponerse á la intencion de los españoles, y en caso de que estos insistiesen, tomar ellos posesion del mencionado punto, en virtud de los derechos que tienen á aquella ciudad que les ha pertenecido en otro tiempo. Un periódico francés decia tambien lo mismo, sin referirse á la *Crónica de Gibraltar*; pero la prensa española, en general, no dió á semejante rumor la importancia que habia dado la *Crónica*.

Un periódico de la capital decia que el gobierno inglés habia manifestado al nuestro que no se opondria á la ocupacion temporal de Tanger por nuestras tropas, mientras no recibiésemos las cumplidas satisfacciones que nos debe el emperador de Marruecos.

Se decia que la plaza de Tanger habia cerrado todas sus puertas por la parte de tierra, temerosos los habitantes de que las kabilas ó tribus de Tetuan asaltasen la poblacion entregándose al saqueo y el pillaje, porque la revolucion hervia sordamente en el interior del país, esperándose nuevos y graves acontecimientos. Además de esto, los musulmanes creian que habia llegado la época de la aparicion de su Mesias. Una carta de Orán dirigida á la *Opinion Nationale* daba curiosos detalles acerca de la próxima aparicion del Mahdi ó Mesias. Originario de Sus el aksi, decia la carta, entrará en Marruecos, Fez y Tlemcen, marchando después sobre Orán, cuya ciudad reducirá á escombros. En seguida irá al país de

la cal; que es Argel; acampará en la Metidja, tomará el camino de Túnez, y allí permanecerá cuarenta años; es decir, hasta su fallecimiento. Los musulmanes, naturalmente fanáticos, habían llegado, con semejantes noticias, á un grado tal de exaltación, que hacia muy posible que se entregasen á todo género de excesos.

El gobierno marroquí solicitó del español un plazo mayor que el que en un principio se había concedido, para tener el tiempo necesario de que dichas reclamaciones fuesen conocidas por el emperador; el gobierno concedió hasta el día 16 de octubre, diciendo que si al terminar este día no se le había dado todas las satisfacciones exigidas, rompería las hostilidades, y dió las órdenes oportunas para que el hospital de Algeciras quedara al mismo tiempo desocupado, trasportando los enfermos á otro punto, con el fin de que se hallase dispuesto á recibir, en caso necesario, los heridos procedentes de Africa.

Las noticias de Marruecos, insertadas en el *Moniteur de l'Armée*, continuaban siendo favorables, y alcanzaban hasta el 20 de setiembre. A aquella fecha todo estaba tranquilo: el jefe Sidi-Mohamed-Abdallah, obligado á dejar al Scheiff, cerca del cual halló un asilo en el primer momento, se había retirado con los rifeños seguido de algunos ginetes.

El derviche Sidi-Mohamed-Ben-Zebel, despues de haber predicado la guerra santa, sin ningun éxito, habia regresado á su tribu. En suma, la situacion general era tan buena, que las tropas designadas para ir de la provincia de Argel á la de Orán, habían recibido contraórden juzgándose que estos refuerzos no eran necesarios.

Sabiase por conducto del interior, que habia empezado la lucha entre el nuevo emperador Sidi-Muley-Mohamed y sus competidores. El emperador parecia hasta ahora tener la ventaja: en esta campaña la ciudad de Fez era su centro de operaciones.

Segun una carta de Algeciras, Muley-Abderraman-Ben-Soliman, hermano de la sultana viuda, desterrada de Taflete y candidato al trono scheferiano, se habia presentado delante de Fez con mil caballos. Algunos decian que le habían negado la entrada, rechazándole las tropas del gobierno provisional, á cuyo frente se hallaba en clase de virey, Mulay Al-Abbas, su sobrino. Contaban que á su presencia, Fez el nuevo, le habia proclamado por rey, oponiéndose á ello Fez el viejo, que está por Sidi-Mohamed el mulato, ignorándose aun el resultado de la contienda. Tambien se daba por seguro que Muley-Soliman-Ben-Abderraman, hermano del padre del difunto, y sobrino tambien del otro Soliman, habia marchado con mas de cien mil hombres, contra el proclamado Sultan en Tanger, esto es, contra Sidi-Mohamed.

M. A. DE ERRO.

## SECCION CIENTIFICA.

### LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

De la fosforescencia de los cuerpos: estudios sobre este fenómeno.

Há largo tiempo que es conocida la propiedad que poseen varios cuerpos de emitir luz en la os-

curidad: sabios eminentes se han ocupado de este fenómeno, y entre ellos pueden citarse Wedgwood, Scheele, Saussure, Brugnatelli, Haüy y otros muchos que han procurado investigar sus causas, sus distintas fases y la modificacion que experimenta la luz emitida cuando varía la composición de la materia que la origina; pero, á pesar de las diligencias de tantos sabios, no se habían evidenciado las cuestiones físicas que se refieren á la fosforescencia de los cuerpos, hasta que Mr. Becquerel las ha estudiado. Por lo mismo, creemos conveniente extraer y traducir sus investigaciones y resultados, segun se indican en un artículo de Mr. Saint-Edme.

La fosforescencia es la propiedad, en virtud de la cual aparecen luminosos en la oscuridad un gran número de cuerpos, cuando se sitúan segun ciertas condiciones. La luz que emiten es mas ó menos viva, y distinto el matiz de la misma; su analogía con la que procura el fósforo en la oscuridad, es origen de que los cuerpos de que tratamos se denominen *fosforescentes*. Las causas que procuran el fenómeno que nos ocupa, son completamente físicas, y pueden dividirse en cuatro clases: 1.<sup>a</sup> la elevación de la temperatura; 2.<sup>a</sup> causas mecánicas; 3.<sup>a</sup> la electricidad y espontaneidad, y 4.<sup>a</sup> la insolación ó la acción de la luz.

Los efectos producidos por la elevación de la temperatura, consisten en que ciertas sustancias espuestas á la acción del calorico, muchas veces de débil intensidad, dan lugar en la oscuridad á una emisión de luz. La esperiencia que vamos á relatar, así lo comprueba. Calientese una plancha de hierro sin que se note el color rojo, y despues de triturar, sin reducirla á polvo, la sustancia que va á ensayarse, al proyectarla sobre la plancha, se vuelve inmediatamente fosforescente, debiendo efectuarse la esperiencia en un paraje oscuro, para que sea mas sensible dicho efecto. Las sustancias que presentan este fenómeno son los diamantes, ciertos minerales que reconocen por base la cal, y los sulfuros, que, bajo la denominación de fósforos artificiales, ha preparado M. E. Becquerel.

Las causas mecánicas que dan origen á la fosforescencia, son el rozamiento, la presión y la cristalización. Si en la oscuridad chocan entre sí dos cuerpos, tales como el cuarzo y el acero, se notan chispas de color rojo. Los cristales de ciertas sales al engendrarse en disoluciones concentradas, se vuelven fosforescentes. La electricidad originada en la superficie de los cuerpos por el frotamiento, se halla acompañada de una emisión de luz: el contacto del mercurio con el vidrio, en los barómetros, origina tambien luz. Pero estos fenómenos y otros varios que fuera prolijo detallar, no son tan curiosos ni tan complejos como los que origina la insolación, ó sea el esponer las materias á la acción solar.

Espuestas ciertas sustancias por algunos instantes á la acción de la luz solar, se vuelven inmediatamente luminosas por sí mismas, y lucen en la oscuridad con cierto brillo, cuya intensidad y color varia con la naturaleza y el estado físico de los cuerpos á los cuales nos contraemos. Esta clase de fenómenos desconocidos de los físicos de otros tiempos, han sido estudiados concienzudamente por Mr. Becquerel. En 1604, era sabido que existía un número reducido de sustancias, que se

volvian luminosas por medio de la insolación, tales como las piedras preciosas: Boyle descubrió este carácter en el diamante, en 1663; Baudin fabricó en 1675 un fósforo con el residuo de la calcinación del nitrato de cal; pero solo Mr. Becquerel ha aumentado de una manera notable el número de los cuerpos á que nos contraemos. Teniendo en cuenta, por otra parte, que podian existir sustancias que dejaban de ser luminosas en la oscuridad, porque perdian rápidamente su propiedad fosforescente, inventó un instrumento ingeniosísimo, denominado fosforoscopio, con cuyo auxilio se aprecia la propiedad, de la cual nos ocupamos, por instantánea que sea su aparición; puesto que atestigua el efecto producido en los cuerpos por la acción de la luz solar, un milésimo de segundo despues de haberla experimentado.

El aparato de Mr. Becquerel ha venido á demostrar con sus observaciones, que la fosforescencia es una propiedad general, y es indudable que el día en que pueda perfeccionarse aquel, y en que se reduzca á un límite menor que un milésimo de segundo el intervalo que separa la esposición de los cuerpos á la luz y su vuelta á la oscuridad, se aumentará en mucho el número de los cuerpos fosforescentes. El químico ilustre, de cuyos trabajos nos ocupamos, ha descubierto varios cuerpos á los que clasifica como fósforos artificiales, que poseen la propiedad de conservar su acción luminosa durante un intervalo de 48 horas. Segun la preparación de dichas sustancias, puede conseguirse que brillen segun matices diferentes, y el mismo químico, despues de investigaciones tan numerosas como concienzudas, ha llegado á deducir de una manera absoluta, las condiciones necesarias para originar fijamente una luz de un matiz dado. Gracias á este descubrimiento, origina en su cátedra Mr. Becquerel efectos luminosos de variados colores, de un encanto indescriptible, que, aparte de su hermosura, poseen el atractivo y sorprendente espectáculo, de que los diferentes fósforos combinados guarden, sin alteración alguna, sus distintas clases de fosforescencia.

La luz eléctrica, al iluminar las sustancias fosforescentes, les presta los mismos matices que los rayos solares, originando igualmente, por medio de dicha luz, efectos luminosos muy notables y que ponen de manifiesto, con una gran intensidad, los diferentes fenómenos de la fosforescencia.

Se han efectuado igualmente numerosas esperiencias, con el objeto de deducir las causas que hacen variar la emisión de la luz, segun la composición y el estado físico de los cuerpos. Con relación á la fosforescencia originada por la elevación de la temperatura, se cree que sus efectos nacen de un movimiento vibratorio comunicado á las partículas de los cuerpos por la acción del calorico, del cual resulta la emisión de los rayos luminosos. Respecto á la fosforescencia producida por la insolación, las esperiencias efectuadas por Mr. Becquerel prueban que las vibraciones luminosas al trasmitirse á los cuerpos, obligan á las moléculas de un gran número de estos á originar vibraciones, cuya duración, amplitud y longitud de la onda dependen no tan solo de la composición de los cuerpos, sino tambien de su estado físico. Tal es en breves palabras el resumen de los estudios de Mr. Becque-

rel y cuyos futuros adelantamientos prometen nuevos y brillantes horizontes á las ciencias físicas.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

## CRÓNICA ESTRANJERA.

Lord John Russell ha pronunciado un discurso en Aberdeen, declarando que Inglaterra no tomará parte, bajo sus auspicios, en un congreso, á menos que no sean reconocidos los derechos de los italianos á gobernarse por sí mismos sin intervencion extranjera; y concluyó manifestando su conviccion de que ni el Austria ni la Francia emplearán en Italia la fuerza de las armas.

Quince mil soldados napolitanos han marchado á la frontera romana, para observar lo que pueda ocurrir entre las tropas pontificias y las de las Legaciones y los Ducados.

Para que se forme una idea del estado de hostilidad en que se hallan las Legaciones hácia su antiguo gobierno, bastará saber que, segun escriben de Bolonia, todas las leyes, decretos y actos públicos irán autorizados en lo sucesivo con la firma de Victor Manuel. Además, se ha dispuesto lo conveniente para que todas las clases del Estado le presten juramento. Y como si esto no fuera bastante para exasperar al gobierno pontificio, las armas de Saboya han sido enarboladas en todos los edificios públicos.

Segun noticias de Turin, Victor Manuel ha sido proclamado solemnemente rey de Toscana, la Romanía, Parma y Módena. En Bolonia se ha proclamado la constitucion sarda, y en la Italia central se hacen grandes armamentos, estimulados y dirigidos por los generales Fanti y Garibaldi. Se anuncia asimismo como un hecho positivo, un rompimiento diplomático entre el gobierno romano y el sardo, pues al embajador del Piamonte cerca de la córte pontificia, se le han entregado sus pasaportes.

En vista de tales sucesos, cada uno de los cuales basta por sí solo para provocar un conflicto, bien puede aplicarse á la cuestion italiana el conocido refran: *Ya escampa y llovan guijarros.*

Como reverso de este cuadro, dirémos que, segun un periódico italiano, el duque de Módena tiene á sus órdenes 10,000 hombres, y el gran duque de Toscana, 5,000. Por su parte, el general Kalbermatten, jefe de las tropas pontificias, ha ido á Viena para concertar un plan de ataque: dicese que tiene á sus órdenes unos 10,000 hombres, que, unidos á los anteriores, forman un total de 25,000.

El *Monitor de Bolonia* ha publicado la siguiente alocucion, que ha dejado Garibaldi, como despedida, á la poblacion de Rávena:

« A LOS ITALIANOS. — En Rávena se reunen los hijos de Italia que en los campos de Lombardia hicieron huir á los austriacos y vengaron valientemente largos años de insultos. Acudid á su lado, jóvenes deseosos de seguir la huella de esos bravos, jurando todos conmigo no deponer las armas hasta dejar asegurada nuestra independenciam.

« Espero que los hombres de corazon no querran dejarnos en corto número, en la empresa que debe decidir de la suerte de nuestra noble patria. En Bolonia, en Ferrara y en Forli, habrá oficiales delegados para reunir los voluntarios que estén mas inmediatos á esas ciudades, para dirigirlos en seguida á Rávena, donde recibirán su organizacion definitiva.

»Rávena 22 de setiembre de 1859.—G. GARIBALDI.»

El leon del Cáucaso, el célebre Schamyl, apenas ha sido hecho prisionero, ha caido enfermo en Tchougonieff, poblacion de la Rusia meridional. El emperador ha mandado que permanezca allí hasta que se restablezca. Se le prepara para alojamiento el antiguo palacio de la Táuride. Como el emperador habrá de pasar en breve por el territorio en donde se encuentra Schamyl, visitará probablemente al iman vencido.

Reina en Alemania gran animacion, con motivo de la reforma federal. El proyecto es sustituir la Dieta por un directorio federal de Austria, Prusia y Baviera: esta última nacion representaria todos los pequeños Estados federales.

Anuncian de Nueva-York que se han aumentado en la isla de san Juan las fuerzas anglo-americanas. Se ha fortificado la isla y colocado los cañones de manera que dominan el puerto de Victoria. El almirante rehusaba obedecer las órdenes de lord Douglas, que le mandaba empezar las hostilidades, y no queria enviar su escuadra á san Juan hasta recibir órdenes directas de Inglaterra.

El Norte contiene un despacho telegráfico anunciando que Mr. Desesarts, diplomático francés, ha llegado á Liorna con instrucciones para desmentir las falsas interpretaciones dadas á la declaracion del emperador, quien parece oponerse definitivamente á la anexion de Toscana.

Escribian dias pasados de Argel que continuaban marchando tropas á la frontera de Marruecos. Los marroquies de la frontera argelina esperaban refuerzos de caballeria de negros. Advertiase gran agitacion en las tribus sometidas; pero la aglomeracion de tropas francesas les imponia, y no se temian movimientos insurreccionales.

Segun la *Patrie*, parece decidida una entrevista del papa con el rey de Nápoles: este rumor se prestaba á mil opuestos comentarios. Lo cierto es que cada dia se hace mas alarmante é insostenible la situacion de la Italia central.

El *Times* publicó estos dias una carta de su corresponsal de Paris, diciendo que las potencias han resuelto el arreglo de los asuntos de Toscana, sometiendo al voto universal el restablecimiento del gran duque. Si la votacion no le es favorable, su reclamacion será desoída, y entonces decidirá un congreso qué príncipe ha de reinar en Toscana.

Las noticias de la Italia central, recibidas por la via de Marsella, nada tienen de lisonjeras. En Bolonia reinaba gran agitacion, á consecuencia de la proclama de Garibaldi. En Parma han ocurrido lamentables desórdenes. Dicen de Roma, que el papa se halla dispuesto á otorgar concesiones; pero que no es esta la ocasion oportuna, puesto que una parte de sus Estados se halla en insurreccion contra su gobierno.

En Bolonia ha sido abolida la liga aduanera entre Módena y Toscana, y restablecido el arancel sardo. Sigue Garibaldi en aquella ciudad, con su cuartel general. Ha arengado al pueblo desde la casa en que habita, en la calle de Zaragoza, ofreciendo no envainar la espada hasta haber asegurado la independenciam de su patria.

Aumentaba en Francia la agitacion del episcopado: el obispo de Orleans ha publicado una

pastoral con este título: *Protesta contra los atentados de que nuestro santo Padre y la Sede Apostólica se ven amenazados y son victimas.*

El papa ha pronunciado, en un consistorio secreto, una alocucion en que se espresa de una manera terrible contra todos los hombres que actualmente figuran en la Romanía, y contra todos los que directa ó indirectamente les prestan su apoyo. Inútil es decir que no escasean en esa alocucion las escomuniones, las censuras, etc. Es de temer que semejante documento, lejos de calmar, contribuya á exasperar mas los ánimos en los países que han preferido la anexion al Piamonte al gobierno temporal de la Santa Sede.

Dice la *Presse* que Francia está decidida á castigar los atentados de los marroquies, y que se apoderará de la ciudad de Ouchda, guarida de malhechores por aquella frontera.

La expedicion francesa contra la China se compondrá de los soldados que deseen pasar á aquellas regiones.

M. M. FLAMANT.

## CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por reales decretos insertos en la *Gaceta* del 4 de octubre han sido declaradas de segundo orden las carreteras que, partiendo de la de Tarancon á Cuenca, termina en Huete, y la que, partiendo de Hi y pasando por Biar, termina en la estacion de Villena del ferro-carril de Almansa á Alicante.

— Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 7 de octubre ha sido autorizada la constitucion de la Sociedad comanditaria por acciones, titulada: *Gonzalez, Alegre, Polo y compañía*, y aprobados sus estatutos, señalándola el término de un mes para que pueda dar principio á sus operaciones.

— Se ha resuelto de real orden que, cuando se advierta que no ha de poder celebrarse la vista de algun pleito ó causa, los presidentes cuiden de que inmediatamente se suspenda el señalamiento, y si fuere posible, se traslade para otro dia determinado.

— Por real orden de 13 del mes próximo pasado, y en vista de la conveniencia de que se adicione el número 27 del orden segundo de la clase segunda del cuadro de exenciones vigente, se ha adicionado bajo la forma de miopia, ó sea corteidad de vista, que se caracterice por la posibilidad de leer á 35 centímetros de distancia en caractéres pequeños, con lentes de los números 2 y 3, y distinguir objetos distantes con lentes del número 6, no pudiendo verificar lo uno ni lo otro con los del número 18 ó con lentes planos.

— La *Gaceta* del 2 de octubre publicó los nombramientos de Senadores que, en uso de su real prerogativa, ha hecho S. M. la Reina por reales decretos del 24 de setiembre próximo pasado.

— De real orden se ha pedido á todos los gobernadores de provincia que sin pérdida de tiempo remitan evacuados los informes pedidos sobre el proyecto de un Código general de aprovechamiento de aguas.

— De real orden se ha autorizado á D. Teodoro Bergues de las Casas para que, en el término de 12 meses, practique los estudios de encauzamiento del rio Rosas, con objeto de evitar las inundaciones y utilizar sus aguas en el riego.

—De real orden ha sido autorizado D. José Arnau y Navarro para que estudie en el término de 3 meses los planos de un canal de riego derivado del río Guadalquivir, que fertilice la vega de Andújar, en la provincia de Jaen.

—El día 1.º de octubre dieron principio las sesiones del Senado y del Congreso. Se leyó una comunicación anunciando que S. M. ha entrado en el quinto mes de su embarazo.

—En la sesión del Senado del día 2 se aprobó la ley del Consejo de Estado, por 62 bolas blancas contra 5 negras.

—Sigue el alza de los fondos españoles en las principales bolsas del extranjero.

—El brigadier D. Blas García de Quesada, comandante del navío *Isabel II*, ha sido nombrado jefe de la división naval que se está organizando en las aguas de Algeciras.

—Dice un periódico que se ha constituido ya la comisión que ha de dar su dictámen sobre la autorización pedida por el gobierno para concluir el convenio con la Santa Sede.

—Se dice que el presidente del Consejo saldrá en breve para Africa al frente de nuestras tropas. También se asegura que el general García está nombrado jefe de estado mayor, y que el general Zabala mandará la caballería.

—Se ha mandado incorporar á los cuerpos destinados á Africa, los jefes, oficiales é individuos de la clase de tropa pertenecientes á los mismos, incluso los escribientes del ministerio de la Guerra.

—Se cree que se establecerá en Mahon una estación de la línea telegráfica submarina que unirá á Tolon con Argel; en este caso nos encontraríamos en comunicacion instantánea con la Europa y con el Africa francesa.

—El ayuntamiento de Jaen ha celebrado una reunion con los mayores contribuyentes, con objeto de acordar la manera de contribuir á la construccion de ferro-carriles tan importante para esta provincia.

JUAN DEL CORREO.

## REVISTA DE TEATROS.

El coliseo del Príncipe, que es uno de los que hasta ahora han dado muestras de una actividad laudable, ha puesto en escena despues de *El Rey de bastos*, la comedia en tres actos *Los Maridos*, arreglada del vaudeville en dos actos *Les Maris me font toujours rire*, y puesta en verso por don Miguel Pastorfido. Esta comedia, que habia sido ya arreglada en prosa por el mismo Sr. Pastorfido, y hecha en el circo de Paul, ha mejorado mucho en esta segunda edicion, y fué bien acogida por el público en la noche de su estreno. La versificación, fácil, sonora y no exenta de chistes, logró tener en continua hilaridad á los espectadores, que aplaudieron las situaciones cómicas que en ella abundan, y llamaron al señor Pastorfido al final de la comedia.—La ejecucion fué excelente por parte de los Sres. Catalina (D. Manuel) y Calvo: Mariano Fernandez desempeñó su papel de un modo lastimosamente exagerado, asainetándolo mucho mas de lo que este requeria. El Sr. Mario, en su corto papel de tarfámudo, escitó las simpatías del público, arrancando dos aplausos espontáneos: uno al presen-

tarse en escena, y otro al decir el primer verso. Sentimos que á este actor, que cada día adelanta mas, y que siempre es bien recibido, no se le confien papeles de mas importancia, á lo cual es acreedor por su laboriosidad y constante deseo de agradar al público.—Ejecutóse despues la linda pieza en un acto del Sr. Santisteban, *La Doctora en travesuras*, que fué muy bien desempeñada por la Srta. Hijosa.

En el teatro del Circo, al que segun parece, preside este año muy mala estrella, se ha puesto en escena con muy escasa concurrencia el drama del Sr. Eguilaz *La Llave de oro*. En esta produccion hicieron su primera salida la señora doña Adela Alvarez, primera actriz de provincias, y la niña doña Pilar Ros, que fueron muy bien acogidas por el público, aplaudiéndolas en varias ocasiones. La Sra. Alvarez dice perfectamente, y tuvo momentos felices; creemos que con una buena direccion puede aspirar con el tiempo á ocupar uno de los primeros puestos en la escena española. La niña Ros, aunque de muy tierna edad, dejó entrever sus buenas disposiciones y su precoz inteligencia.

En el teatro de Novedades se ha estrenado un drama en cuatro actos y un prólogo, titulado *Miguel el Esclavo*, y traducido por los Sres. García Gonzalez y Olavarria. Este drama, el último que ha escrito el célebre Bouchardy, está lleno de situaciones eminentemente dramáticas, y fué bien recibido del público. En su ejecucion se distinguieron los Sres. Bermonet y Córcoles, y la señorita Marin.

El teatro de Jovellanos ha continuado las representaciones de la zarzuela en dos actos *Enlace y Desenlace*, del Sr. Pina.

Llegamos por último al Régio coliseo, que ha empezado este año de un modo desgraciadísimo para los abonados y para la empresa. La señora Grissi, que, precedida de una fama europea, se ha presentado ante el público de Madrid en la *Norma*, ha hecho un *fasco* horrible. Verdad es que la Sra. Grissi tiene, segun se nos ha dicho, cincuenta y cuatro años, y á esta edad, por muchas que hayan sido sus facultades, y grande su reputacion artística, van degenerando lastimosamente: lo cierto es que la Sra. Grissi sufrió una herida terrible en su orgullo de artista, que hizo un desaire al público, y que este se vengó de un modo, harto cruel si se quiere, pero en parte merecido. En cuanto á nosotros, lamentamos como el que mas estas escenas, impropias de una capital civilizada, y sentimos que la empresa del teatro Real haya llevado un desengaño terrible, con tanta menos razon, cuanto que sus deseos de presentar al público una compañía digna de este, era el único móvil que á nuestro parecer le guiaba.

M. GARCÍA GONZALEZ.

## BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Histoire de l'Apologétique dans l'Eglise reformée française*, par Mr. Ariste VIGUIÉ. Un vol. in-8º; Grassart, 3, rue de la Paix.

Antes de ser medio de conversion, es el apologético una ciencia, que existe independientemente de los efectos que puede producir. Divide-

se en tres partes, cuyos limites fija el autor, doctor en teología: filosófica, crítica y positiva. Mr. Viguíé expone esta ciencia en sus relaciones con la filosofía espiritualista por los siglos XVI y XVII, con la filosofía naturalista del siglo XVIII, y por último con la de Kant, en nuestros dias. Los principales autores que han escrito acerca del apologético, Duplessis-Mornay, Abbadie, Vernet, Charles Bonnet, véanse sojuzgados en estudios sucesivos. Preciso es no haber perdido de vista los numerosos trabajos actuales de la iglesia reformada, ni el movimiento crítico que en su seno se produce. El libro de Mr. Viguíé, á pesar de su objeto teológico, es entre todos uno de los mas claros y hábilmente concebidos. Una vez perfectamente conocida la vida exterior de la reforma, tratábase de sacar de las tinieblas históricas el movimiento de su vida intelectual, y de recoger los tesoros de discusion y erudicion contenidos en la teología protestante francesa. El apologético resuelve una parte de esa tarea, exponiendo el modo con que la reforma ha asegurado el Evangelio desde su origen, y estableciendo los fundamentos de su fé.

*Histoire politique et littéraire de la Presse en France*, par M. Eugène HATIN, tome II. Un vol. in-12º; Poulet-Malassis et de Broise.

El segundo volumen de la publicacion, cuyo título indica bastantemente su interés, estudia la prensa antes de la revolucion, y la prensa literaria en los siglos XVII y XVIII. Este periodo se divide en dos partes: la una, que alcanza desde el 1665 hasta 1730, principia por el *Diario de los eruditos*, y se prosigue con todos los periódicos literarios, históricos y aun elegantes, que componen lo que pudiera llamarse unas memorias secretas de la república literaria; la otra, que abraza desde el 1730 hasta el 1789, señala la época del advenimiento de la polémica crítica, y descuella, sobre todo, por la curiosa lucha del periodismo contra el espíritu filosófico y literario del siglo XVIII. El abate Desfontaines, Freron, La Harpe, son sus principales corifeos. M. Hatin ha mostrado en el segundo tomo las mismas cualidades que aseguráran el éxito del primero, es decir, una pacienzuda erudicion unida á una exposicion rápida.

*Pellisson.—Étude sur la vie et ses œuvres*, par M. F. MARCOU. Un vol. in-18º; Didier.

Nos vemos en un periodo curioso de estudios críticos, á los cuales muy luego serán deudores de su historia completa y de su restauracion los siglos XVI y XVII. Por hoy se trata de un hombre que, sin haber ejecutado acciones brillantes ó compuesto obras permanentes, ha ocupado, sin embargo, un puesto importante cerca de los personajes considerables de su tiempo. El carácter y talentos del hombre á quien se deben los discursos á Fourquet, merecian un estudio especial: su vida y sus obras se explican mutuamente. M. Marcou se ha dedicado con esmero á la realizacion de tal empresa, dándonos un fiel retrato del que fué historiador de la Academia y secretario de Luis XIV.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,  
—editor responsable y propietario.—

Beneficencia domiciliaria.



**EL MARQUÉS.**  
**LA CONDESA.**

Siempre estoy a las órdenes de mi señora la Condesa. Poca cosa. Me he tomado la libertad de contar con el caritativo corazón de V. para socorrer a una familia tan decente como desgraciada, que por un cúmulo funesto de contratiempos, se encuentra en la última miseria.

**EL MARQUÉS.** Me ha hecho V. Justicia, Marquesa. ¿Hay guante?  
**LA CONDESA.** Sí, Marqués; a V. le he puesto 200 reales.

**EL BARÓN.**

La Beneficencia domiciliaria es una grande institucion, y mas cuando hay una gran dama que se interese por un desgraciado. Sin ello, la antigua peinadora de la Marquesa se moriria de hambre. Se empeñó en casar con un viudo cesante, padre de cinco hijos, al cual en cuatro años ha dado tres vástagos mas. La cesantia no alcanza; pero la Marquesa suple: es decir, sus amigos).

**SUMARIO.** Ocho dias en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 673.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 678.—Viaje á China, por Lord Macartney pág. 780.—La Cuestion de Marruecos, pág. 683.—Seccion científica, pag. 685.—Crónica extranjera, pag. 686.—Crónica española, pág. 686.—Revista de teatros, pag. 687.—Bibliografía extranjera, pág. 687.

**Advertencia importante.**—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

**Otra.**—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.